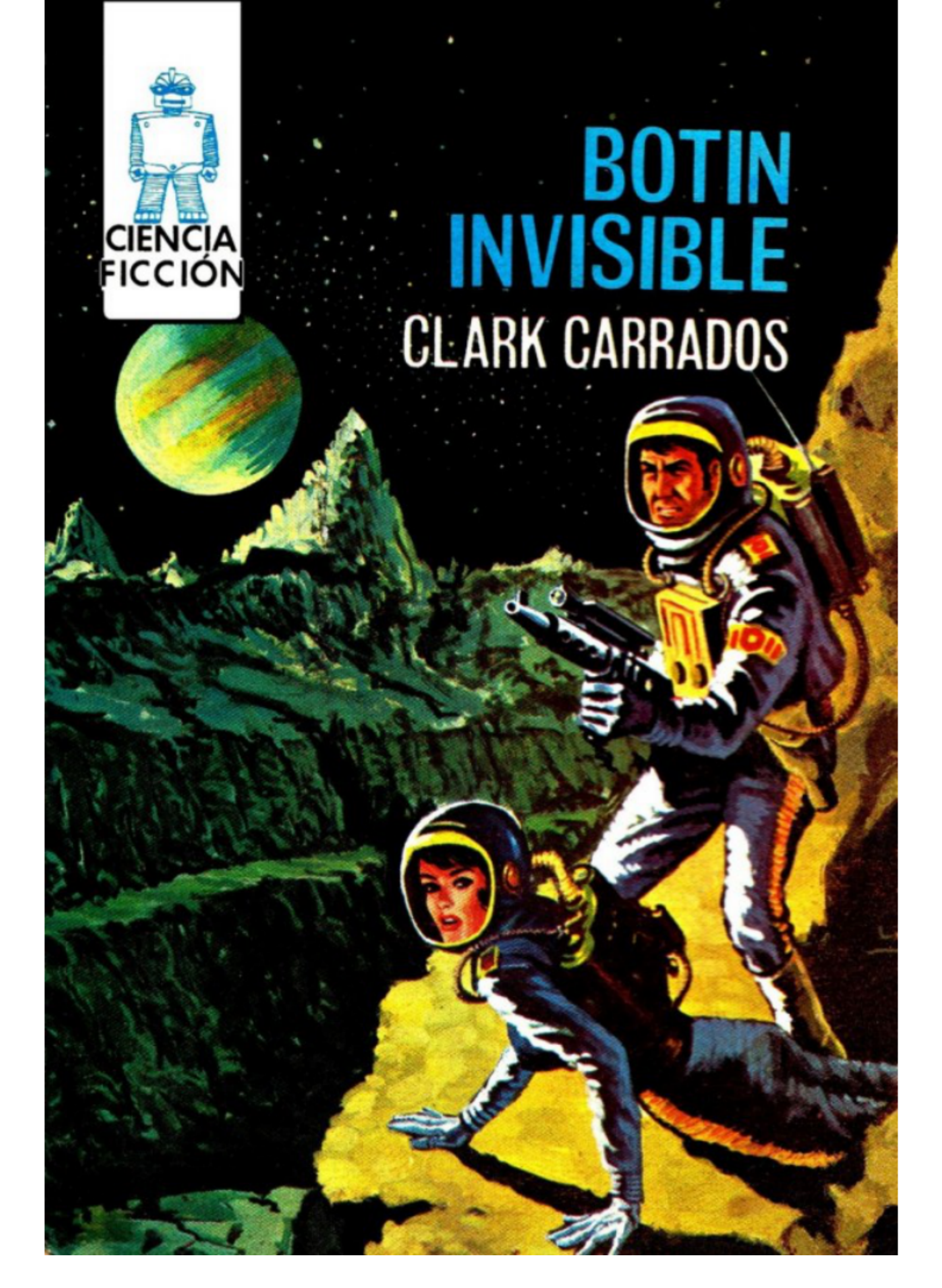

CIENCIA
FICCIÓN
BOTIN
INVISIBLE
CLARK CARRADOS

CLARK CARRADOS

Botín invisible

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Portada: S: FABÁ

Depósito Legal: B. 978-1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

— No hay duda —dijo el doctor Perm, jefe sanitario de la expedición—; son seres inferiores.

El capitán Wereth, comandante de la astronave, no había logrado salir todavía de su asombro.

— Pero ¡si parecen tan evolucionados! —exclamó.

— En lo físico solamente, pero no en su cerebro, que es el de un chiquillo de cuatro o cinco años, terrestres, por supuesto. Adultos con mente infantil y no terrestre, insisto.

— Es probable que sea como usted dice, doctor, pero no me negará que es un género de vida envidiable.

— Lotófagos —calificó Perm.

— ¿Qué? —dijo Wereth.

— Según la mitología, quienes comían la flor del loto se convertían en unos seres abúlicos, sin desear nunca nada y vivían en una especie de nirvana.

— Oiga, pues no es mala forma de vivir —el capitán sonrió—. Y usted no me dirá que las nativas de Xvinius son precisamente feas.

— Sí, pero son un poco… ¿cómo lo diría yo, capitán? Sí, eso, neutras.

Una hermosa muchacha, de piel color canela y figura digna del mejor escultor, pasó por delante de los dos hombres, con suave balanceo de caderas. Los ojos de la joven nativa estaban perdidos en el infinito y en sus labios flotaba una vaga sonrisa que no parecía dirigida a nadie.

— Oiga, doctor, no irá usted a decirme que «eso» es neutro —exclamó Wereth con socarronería.

— Usted está casado, ¿verdad? Su esposa le ha acompañado en

este viaje, capitán.

— Sí, y no es la única mujer de a bordo, ciertamente. Claro que tiene un papel asignado…

— O no hubiera venido con nosotros. Pero a lo que íbamos, capitán. En la astronave vinieron bastantes solteros.

— Cierto, doctor.

— Hubo viajes en los que a los tripulantes se les suministraron drogas inhibidoras del sexo. Esto no dio resultado; era como represar las aguas de un río con un dique demasiado delgado. El día que el dique salta sobreviene la catástrofe.

— Sí, «doc».

— A la llegada, a donde fuera, era peor. Se abandonó el procedimiento. ¡Qué diablos, capitán!, antaño, los marinos de los buques de vela se tiraban a veces meses enteros sin ver una sola mujer.

Wereth sonrió.

— Como ahora, más o menos —dijo.

— Ahora no dura meses un viaje interestelar —manifestó el galeno seriamente—. Pero los hombres siguen siendo hombres cuando desembarcan.

— Estábamos hablando de las nativas. No me diga que no son preciosas, en general.

— Lo son, pero ni aceptan ni rechazan, capitán.

Wereth puso cara de tonto.

—¿Eh?

— Capitán, cuando usted pasa por debajo de un peral y ve una pera exquisita colgando de la rama, puede que le apetezca o puede que no. Si es lo primero, la arrancará y la comerá, pero la fruta no le rechazará. Y si no la arranca, la fruta no le dirá «cómeme». ¿Entiende?

— Vamos, que Xvinius no es un barrio portuario precisamente.

— No, desde luego. Una nativa no le rechazará a usted, antes le aceptará de inmediato, pero tampoco le guiñará el ojo, llamándole la atención, a ver si me entiende.

— Oiga, ¿y cómo sabe usted tantas cosas de las chicas de Xvinius?

— Para algo soy el jefe de sanidad de la expedición. He hablado con varios de los tripulantes que han tenido… ¡ejem!, digamos

amoríos con alguna nativa. Se han aburrido en seguida.

— Ah, ya entiendo. Pero eso no es una desventaja…

— Entre otras cosas, es la confirmación clara y rotunda de mis teorías sobre el infantilismo mental de los xviniusianos.

— En resumen, unos tipos atrasados, con los cuales no vale la pena entablar relaciones.

— ¡Todo lo contrario, capitán! ¿Se imagina lo maravilloso que resultaría poder despertar a una vida mental madura a estos lotófagos? Propondré que se establezca en Xvinius una estación psiquiátrica de observación y dentro de un par de años tendremos los primeros resultados.

Un tripulante pasó cerca de ellos, llevando de la cintura a una esbelta nativa de piel color caramelo y largos cabellos azulados.

Wereth sonrió socarronamente.

— Doctor, está usted en un error —dijo—. Los primeros resultados se obtendrán mucho antes, del plazo señalado. ¡Pero mucho antes! —recalcó, mientras contemplaba a la pareja perderse en la espesura del bosque cercano.

* * *

— Hermanos, creo que nuestra hora ha llegado —dijo el jefe—. Es el momento de hacer que nuestro pueblo recobre la grandeza que perdió hace milenios. La llegada de esos extranjeros ha resultado providencial. Aprovechémosla, pues, y ejecutemos el plan que nos permitirá ser como éramos miles de años antes.

— ¿Cuál es el plan, jefe? —preguntó uno de los nativos asistentes a la reunión.

— Irán diez —contestó el interpelado—. Ya los he designado y están conformes. Una vez allí, adquirirán conocimientos y regresarán a nuestro mundo en el próximo viaje. Los conocimientos adquiridos serán impartidos para que todo el mundo los posea. Así, nuestra raza reaccionará y dejaremos de ser unos animales poco menos que contemplativos, para convertimos en seres de acción… ¡como los extranjeros que nos están visitando e incluso más que ellos!

La asamblea, que se celebraba en un claro del bosque, situado a prudencial distancia de la astronave, asintió unánimemente.

— ¿Diez, has dicho? —preguntó uno.

— Sí —confirmó el jefe.

— Pero diez… en la astronave, serán vistos inevitablemente.

El jefe hizo un signo negativo.

— Tenemos poderes psíquicos extraordinarios, que no han evitado, sin embargo, nuestra decadencia mental. Usaremos de esos poderes para lograr nuestro objetivo… por concentración total e invisibilidad.

— ¿Se les permitirá la teleportación instantánea? — preguntó otro.

— A veces necesitarán hacerlo. Eso, sin embargo, queda a la discreción de los expedicionarios.

— ¿Y el alimento? —consultó otro.

— El grupo, una vez esté en la nave, irá en suspensión animada. No necesitará alimento.

— ¿Irán mujeres?

— Alguna, dos o tres.

— ¿Puedo hacerte una sugerencia, jefe? —dijo un nativo.

— Sí, claro.

— Que las mujeres que viajan no hayan tenido contacto con los extranjeros. Éstos dejarán aquí descendencia. Una mujer en esas condiciones podría sufrir perturbaciones que causarían graves interferencias en la misión.

— Una idea muy acertada. La tendré en cuenta. ¿Algo más?

— Tendrán que aprender las costumbres de los extranjeros, para desenvolverse en su propio país —alegó otro.

— No será difícil. Conocerán esas costumbres ya en el momento de desembarcar.

— Los expedicionarios podrían no regresar.

—Regresarán, pero hemos de correr el riesgo… o nuestra raza, un día, acabará al nivel mental de los animales que viven en nuestro planeta —concluyó el jefe en tono tajante.

* * *

El capitán Wereth suspiró.

— Simpático planeta —dijo—. Le entran a uno ganas de quedarse a vivir aquí para siempre.

El doctor Perm hizo una mueca.

— Yo no me quedaría aquí ni por todo el oro del mundo— declaró en tono desdeñoso.

— Doctor, usted no sabe lo que se dice, y permítame contradecirle. Aquí no hace jamás frío ni calor, abundan las frutas comestibles y, vamos, que no es necesario trabajar para vivir. —Una hermosa nativa pasó a lo lejos— y Wereth lanzó un profundo suspiro—. Ni tampoco hay que sudar para poder comprar trapos a las mujeres.

— Sí, pero son unos lotófagos —insistió el galeno.

— Doctor, ¿sabe lo que vamos a encontrar en la Tierra a nuestra llegada? Ruido, suciedad, atmósfera contaminada, cemento, precios caros, motines aquí y allá… ¿Cree que vale la pena cambiar esta vida por la ajetreada que llevaremos «allá abajo»?

Perm se encogió de hombros.

— En cuestión de gustos… —manifestó con soma.

— Pasa que uno es hombre que sabe cumplir con su obligación; de lo contrario, me quedaría aquí; sí, señor.

El doctor sonrió.

— Me parece que no le costaría mucho tener compañía— dijo—. ¡Mire, capitán!

Una mujer se acercaba a la pareja. Era joven y tenía una magnífica figura, cosa que se apreciaba aún más debido a lo escaso de su atavío, que consistía solamente en un pequeño cinturón de fibras vegetales.

— ¡Charlotte! —gritó el capitán, escandalizado, a la vez que empezaba a quitarse la camisa—. Pero ¿qué formas de vestir son esas? Mejor dicho, son formas de no vestir…

A la fuerza, le puso la camisa y le cubrió el torso desnudo.

— Pues no faltaría más —rezongó Wereth, indignado—. Una cosa es que nos guste el modo de vivir de los nativos y otra es que los imitemos en todo.

El doctor Perm reía estruendosamente.

— Y una cosa es predicar y otra es dar trigo. ¿No era usted el que quería quedarse a vivir en Xvinius, capitán?

Wereth empujó a su esposa hacia la nave.

— ¡Vamos, Charlotte! —mascculló—. Ahora hablaremos tú y yo muy seriamente. ¡Qué escándalo, nada menos que la mujer del

capitán casi en traje de Eva! ¡Habráse visto frescura! Hasta ahí podíamos llegar, hombre.

La señora Wereth no decía nada. El médico continuaba riendo a mandíbula batiente.

CAPÍTULO II

La noche estaba agradablemente fresca. El profesor Chilmington había trabajado de firme durante el día y sentía ganas de despejarse un poco la cabeza.

Chilmington vivía en una casita de un barrio residencial, con su ama de llaves como única compañía. Ni siquiera tenía perro.

A veces, se distraía viendo la televisión o leyendo un libro. Aquella noche sentía deseos de tomar el fresco y también de estirar las piernas, cosa que estimaba conveniente, dado lo sedentario de su trabajo.

Chilmington salió a la calle y paseó sin rumbo, acercándose insensiblemente a las afueras. De pronto, una hermosa joven le salió al encuentro.

— Por favor…

Chilmington era tan anticuado, que todavía usaba sombrero. Se descubrió cortésmente y dijo:

— Señora, ¿puedo serle útil en algo?

Ella era alta y esbelta, dé piel algo oscura, profundos ojos negros y cabellera negroazulada. Vestía una chaquetilla muy corta, que encerraba un seno de proporciones clásicas, y una faldita que era poco más que un cinturón. Chilmington no era ya un joven, pero no había llegado aún a la edad de sentir indiferencia hacia los encantos del sexo opuesto.

— Me he perdido —confesó la joven—. Soy forastera en la ciudad…

— Si sabe usted el nombre de la calle, yo podría acompañarla —se ofreció Chilmington galantemente.

— Se… se lo agradeceré —aceptó ella con una suave sonrisa—.

Es la calle Barmerly.

— En ese caso, tenga la bondad, señora. Soy el profesor Chilmington.

— Me llamo Jana Kroog. ¿Profesor ha dicho?

— Sí, de Química, señora Kroog.

— Ah —murmuró Jana—. Pero no me llame señora. Soy soltera.

— ¿Es posible? —se admiró Chilmington.

— ¿Por qué dice eso, profesor?

Chilmington carraspeó.

— Bueno… es que una joven tan hermosa… Parece lo más lógico que estuviera casada… O quizá tiene ya prometido.

— Ni lo uno ni lo otro, profesor. No es obligatorio tener esposo o prometido. Ni siquiera ser hermosa.

— A sus años, señorita Kroog, puede que no sea obligatorio tener esposo o novio, pero sí ser hermosa —replicó él.

Jana rió con moderación. Sin saber por qué, Chilmington se sintió extrañamente atraído hacia ella.

Minutos más tarde, se detenían ante la puerta de una casa.

— Aquí es, profesor —dijo Jana.

Chilmington encontró de repente que había perdido mucho tiempo actuando como un búho sabio entre sus probetas, matraces y retortas y que ya era tiempo de tener alguna expansión.

— ¿No me invita usted a una copa, señorita Kroog? — rogó.

— Si me la acepta, profesor…

— Encantado, Jana. No le importa que la llame por su nombre, ¿verdad?

Ella accedió con dulce sonrisa y entró en la casa, seguida inmediatamente por Chilmington.

— Me llamo Bert —dijo él, ya en el ascensor.

— Sí, Bert —contestó Jana, con voz que parecía hecha de campanillas de plata.

Poco después, entraban en el piso, amueblado con gusto, aunque sencillo de mobiliario. Chilmington vio un aparador con licores y dijo:

— Si no le importa, Jana, yo prepararé las bebidas. ¡Je, para algo soy químico y entiendo de mezclas! — añadió jovialmente.

— En ese caso, iré a cambiarme de ropa, Bert. Chilmington lanzó el sombrero sobre una silla. Luego empezó a manipular con

las botellas.

Jana volvió minutos más tarde. Chilmington se volvió al oír sus pasos y sintió que se le cortaba la respiración.

Ella vestía un pijama negro, de pantalones muy anchos y flotantes, transparente casi por completo. Su negra cabellera pendía suelta hasta más abajo de su esbelta cintura.

— Estás… increíblemente hermosa —dijo, sin darse cuenta de que la tuteaba.

— ¿Te gusto? —preguntó Jana.

Chilmington se olvidó de las bebidas y se olvidó de todo, salvo de los ojos de Jana, que despedían una extraña luz. Avanzó hacia ella y la tomó en sus brazos.

— No soy un joven, pero hoy siento fuego en mis venas, como cuando tenía veinte años —murmuró.

Los mórbidos brazos de la joven se enroscaron en tomo al cuello de su huésped.

— Yo apagaré ese fuego —susurró, mientras le ofrecía sus labios, cálidos y jugosos.

Chilmington se sintió sumergido en una especie de estanque rumoroso, de claras y límpidas aguas, en las que destellaban innumerables motitas de luz. Pero, poco a poco, las aguas fueron oscureciéndose y las chispitas de luz disminuyendo en número, hasta que todo desapareció a su alrededor.

Lo último que vio fue la insondable profundidad de las pupilas de Jana, en la cual se hundió sin sentir el menor temor, antes ansiando no salir jamás de allí.

* * *

El hombre estaba tumbado a la orilla de un arroyo, sobre la hierba y bajo la sombra de un copudo álamo. La caña, hincada oblicuamente en el suelo, mantenía el sedal dentro del agua, pero Guy Kelvor no parecía preocuparse mucho por la pesca.

Sentíase feliz allí, lejos de la civilización. Envuelto en una dulce languidez, dejaba pasar las horas y los días.

Ahora era verano. Luego llegaría el dorado otoño y después el blanco invierno. Pero Kelvor no se movería de aquellos apartados parajes.

Sin embargo, Kelvor olvidaba una cosa: los planes humanos están sujetos a contingencias no siempre previsibles.

Tendido como estaba, de espaldas a su cabaña, situada en la ladera, a unos ciento veinte metros del arroyo, no pudo ver el silencioso aterrizaje de un pequeño aeromóvil, del que, momentos más tarde, desembarcó una hermosa joven.

Ella era de buena estatura y formas armoniosas, vestida sucintamente, debido a lo caluroso de la época. Tenía el pelo claro, muy corto, y los ojos verdosos.

Adela Batt entró en la cabaña y se desconcertó al verla vacía. Salió afuera y paseó la vista por los alrededores.

Entonces fue cuando vio tumbado al hombre debajo de los árboles.

— ¡Guy! —gritó—. ¡Guy Kelvor!

Al oír la voz de la joven, Kelvor se sobresaltó.

Abrió los ojos y se volvió a medias, apoyándose en un codo, sin incorporarse del todo.

Adela bajaba corriendo hacia él. Kelvor se quedó con la boca abierta al reconocerla.

— Demonios, si es… —masculló a media voz.

— No, no te pongas en pie, gandul —dijo Adela, sin dejar de correr.

— No pensaba hacerlo —sonrió Kelvor.

Adela llegó al fin junto a él y se arrodilló a su lado, sentándose sobre los talones, con las manos sobre los muslos. Debido a la carrera, su respiración se había hecho un tanto agitada y su pecho subía y bajaba con reveladores vaivenes.

— Hola, vago— dijo.

— Hola, beldad de la Arabia —sonrió Kelvor, todavía con la cabeza apoyada en una mano y el codo en el suelo.

— Las beldades de la Arabia tienen el pelo negro.

— Yo conocí a una que era rubia.

— ¡No me digas, Guy!

— Sí, la hija del embajador británico. Nació allí, ¿sabes?

— Basta de bromas, Guy. Te necesito —cortó ella, dejando de sonreír repentinamente.

— ¿Estás loca?

— Por suerte, mi salud mental es magnífica. No te necesito para

mí, Guy.

— En ese caso, olvídame, hermosa.

Adela frunció el ceño.

— ¿Es que piensas seguir adelante con tus proyectos de convertirte en un ermitaño?

— Sí.

—¿Por qué?

Los ojos de Kelvor centellearon.

— Adela, ¿cómo no has sabido darte cuenta? —preguntó.

— Hay muchos en tu caso, millones, tal vez miles de millones… pero la mayoría resisten, Guy.

— Es que yo pertenezco a la minoría que no resiste, Adela.

— Que no quiere resistir, mejor dicho.

Kelvor hizo un gesto de indiferencia.

— Lo mismo da —contestó—. Pero no pienso volver allá.

— «Allá» es la civilización, ¿no?

— En efecto.

— ¿Tanto la odias?

— La odio por lo que tiene de inhumana… mejor, de deshumanizadora, Adela —declaró Kelvor en tono tajante—. Ruido, aire sucio, maquinismo, prisas… No, no y mil veces no. Eso se ha acabado ya para mí.

— Eres un psiquíatra reputado.

— Ahora soy tan sólo Guy Kelvor, ser humano.

— Dedicado exclusivamente a la contemplación del propio ombligo.

— No, Adela —contradijo Kelvor, muy serio—. Cultivo introspectivamente mi propia psiquis, descanso, camino, paseo, pesco, cazo… vivo en íntimo contacto con la naturaleza. Eso no es contemplar el propio ombligo, muchacha.

— Yo hablaba metafóricamente, Guy.

— Lo sé —sonrió Kelvor—, Pero ya conoces mi opinión al respecto. No trates de tentarme.

— No lo haría ni con mí misma —contestó Adela, muy seria—. Y reconoce que poseo «elementos» suficientes para la tentación.

Kelvor la miró críticamente y sonrió.

— ¿Por qué no te has casado todavía, Adela? —preguntó.

Ella se ruborizó ligeramente.

— Quizá soy un poco anticuada, quizá deseó que mi unión con un hombre dure toda mi vida —contestó.

—Y no has encontrado todavía a ese hombre.

— No, Guy.

— Lo encontrarás —profetizó él, muy serio.

— De momento, te he encontrado a ti y eso es lo que me interesa.

— Voy a decirte una cosa, Adela: quédate aquí una semana y ya no querrás volver a la civilización.

— Y yo voy a decirte a ti otra cosa, Guy: he venido a sacarte de aquí y lo haré, aunque para ello tenga que darte un buen porrazo en tu testaruda cabezota.

La caña se movió un poco.

— Espera —dijo él—. Me parece que ya ha picado una trucha. Vamos a ver si sacamos para el almuerzo, nena.

CAPÍTULO III

Adela lanzó un suspiro de satisfacción, tras haberse limpiado los labios. Luego alargó la mano hacia la cafetera.

—No estropees el almuerzo —dijo Kelvor—. Tómate otro vasito de vino. Es lo que conviene a una buena ración de trucha frita.

— Hacía tiempo que no comía tan a gusto— confesó Adela.

— Claro, como que «allá» sólo coméis porquerías, y perdona la palabra. ¿Qué te ha parecido el pan?

— Suculento.

— Lo amaso yo y luego lo cuezo en mi propio horno.

— Vida de hombre primitivo, ¿eh?

— Sí.

Adela le contempló con el vaso de vino en las manos. Sus mejillas estaban encarnadas.

— Has perdido esa repelente palidez ciudadana con un par de horas de estancia en el campo y una comida como Dios manda —sonrió Kelvor—. Pero sigues queriendo vivir en la ciudad.

— Mi trabajo, Guy —se disculpó ella.

— También yo tenía trabajo y una profesión excelente y bien remunerada.

— ¿Y lo abandonaste todo?

— Ya ves, Adela —sonrió Kelvor.

— Algunos sostienen que tus pacientes te contagiaron sus chifladuras, formando una sola, que fue la que te hizo venir a tu retiro.

— No, pero estaban a punto de conseguirlo. Mis pacientes y la deshumanizadora civilización actual, Adela.

Ella suspiró.

— ¿Hay modo de evitarlo, Guy?

— Mírame a mí y tendrás la respuesta.

— Yo no puedo, insisto. Pero no olvides que he venido a buscarte y que vendrás conmigo, aunque tenga que llevarte a rastras.

— Mujer enérgica —sonrió Kelvor—. Pero, bueno, ¿qué es lo que pasa?

— ¿Has oído hablar de Chilmington?

— ¿El doble Nobel?

— Sí, el mismo.

— ¿Qué le pasa, Adela?

— No lo sé, Guy.

— Vamos, vamos, no me digas que en el Centro Mental Mundial no pueden…

— Si pudieran, yo no habría venido a arrancarte de tu retiro, Guy —alegó la joven.

— Tienen mi máquina de diagnosticar, Adela.

— Se ha estropeado, Guy. Tú fuiste su constructor, no hay más que un ejemplar y nadie puede ponerla en marcha sino tú.

Kelvor se frotó la mandíbula.

— Me pones en un compromiso, Adela —se quejó.

— Lo sé y, créeme, me duele tanto a mí como a ti, pero quiero que vayas y examines a Chilmington.

—Anticípame sus síntomas —pidió él.

— ¿Síntomas? Guy, es un cuerpo sin alma, es todo lo que puedo decirte.

Kelvor arqueó las cejas.

— ¿Uno de esos muertos vivientes a quienes la superstición popular llama «zombies»?

— Tanto como eso, no, Guy. Cuando tiene hambre, pide de comer y agua si tiene sed; y se afeita y se baña… pero no sabe sumar dos y dos.

— Vamos, eso es amnesia pura y simple —resopló Kelvor.

— Guy, ¿crees que no sé yo distinguir cuándo se trata de una sencilla amnesia? El caso es mucho más grave y por eso estoy aquí. Además, no es el único.

— ¿Cómo? —se asombró Kelvor.

— Tenemos dos hombres más en su mismo estado, ambos

científicos de reputación mundial: González, matemático, y Arminius, físico. Ambos presentan las mismas características de deficiencia mental que Chilmington.

Los dedos de Kelvor tabalearon sobre la mesa.

— Voy a tener que ceder —declaró.

Una sonrisa de júbilo apareció en los bellos ojos de Adela.

— Sabía que lo conseguiría —exclamó.

— Pero con una condición —advirtió él.

— Sí, Guy.

— En cuanto haya hecho el reconocimiento a Chilmington, averigüe o no lo que pasa, me volveré aquí.

— Es una condición que se respetará escrupulosamente— manifestó Adela—. Y… una cosa, Guy.

— Dime, nena.

— Es muy probable que yo te acompañe a la vuelta. Si no tienes inconveniente, claro.

Kelvor sonrió.

— Si tú quieres, ninguno, pero… ¿por qué, Adela?

— No es bueno que el hombre esté solo. Necesita compañía — respondió la joven con intención.

* * *

Guy Kelvor dio los últimos golpes de destornillador, efectuó las pertinentes comprobaciones y luego dijo:

— Ya pueden traer al profesor Chilmington.

Un hombre, vestido con bata blanca, salió de la estancia. El doctor Marlevitch, director del Centro Mental Mundial, hizo una pregunta:

— ¿Cree que podrá curar a Chilmington, colega?

Kelvor se encogió de hombros.

— Creo que podré diagnosticar lo que le sucede —respondió—. Su curación ya no correrá de mi cuenta, doctor.

Marlevitch hizo un gesto de asentimiento. Momentos después, Chilmington entraba en la estancia, conducido por el ayudante del director.

Adela asistía también, provista de un cuadernillo de notas. Kelvor salió al encuentro de Chilmington y lo condujo hasta un

cómodo sillón, situado frente a una de las paredes de la sala.

Adosada a la pared, había una especie de armario de grandes dimensiones, con numerosas esferas indicadoras y pantallas osciloscópicas. Detrás del sillón había otro, más bien un taburete semejante a los de la barra de un bar.

En la parte trasera del primer sillón se veía un tablero de mandos, con numerosas llaves y teclas de control, que sobresalían del borde superior. De este modo, el tablero podía ser manejado fácilmente por el operador sentado tras el paciente.

Kelvor hizo que Chilmington se sentase en el primer sillón. Por precaución, lo sujetó con abrazaderas de metal. Luego le puso un gran casco, del que sobresalía, en la parte superior, un cable, grueso como la muñeca de un hombre, que contenía todas las conexiones con la caja de observación, situada junto a la pared.

El silencio era absoluto. Kelvor se sentó en el taburete y dio media vuelta a una llave. Una lamparita verde se encendió inmediatamente en el tablero de mando.

—¿Me oye, profesor Chilmington? —preguntó.

— Sí —contestó el interpelado con voz inexpresiva.

— Soy el doctor Kelvor. Voy a tratar de curarle.

— Sí, doctor.

— Relájese, muéstrese tranquilo. No va a sufrir ningún daño físico. ¿Me ha entendido?

— Sí, doctor.

Kelvor tocó unas cuantas palanquitas y teclas. Diversos instrumentos empezaron a funcionar en el armario de observación.

Una cinta gráfica empezó a moverse. La aguja marcadora apenas oscilaba.

Kelvor torció el gesto. Adela, que le observaba, empezó a temer lo peor para el paciente.

El silencio continuó todavía durante algunos minutos. Luego, de pronto, Kelvor cerró todas las llaves y teclas de control.

Las luces indicativas de funcionamiento se apagaron.

— Lo siento —dijo Kelvor.

— ¿Cuál es su diagnóstico, doctor? —preguntó Marlevitch.

— Si lo digo con la frase más simple, me tomarán por loco…

— Vamos, habla —le apremió Adela—. Nos tienes sobre ascuas.

Kelvor sonrió.

— Chilmington tiene la mente vacía —dijo.

— ¿Cómo? —sonaron varias exclamaciones al mismo tiempo.

— Es la definición más aproximada.

— Guy, no nos digas que a Chilmington le han sorbido el seso.

— Pues mira, no deja de ser otro diagnóstico, muy vulgar, pero no por ello menos acertado.

— Pero pide comida, agua, se asea… Su amnesia no es total ni tiene un carácter cataléptico o catatónico —alegó Marlevitch.

— Sí, lo sé, pero a Chilmington le pasa lo mismo que a un bote de confitura después de que ha estado en manos de unos cuantos chiquillos. Quedan algunos rastros de dulce en el envase, pero la masa principal ha desaparecido.

— Y en el caso de Chilmington, la masa principal son…

— Sus conocimientos científicos, incluidos los más rudimentarios —declaró Kelvor en tono tajante.

— Pero eso es imposible —exclamó Marlevitch—. No ha sufrido ningún accidente, ningún «shock» psíquico…

— Un momento —exclamó Adela—. El ama de llaves del profesor Chilmington denunció la desaparición del profesor. Nunca duerme fuera de su casa, a menos que tenga que salir de la ciudad y, naturalmente, siempre avisa. Pero hace algunas noches, salió a dar un paseo y regresó después de amanecer, cuando ya la Policía había iniciado su búsqueda. Pudo sufrir ese golpe psíquico durante esas horas, de las cuales no recuerda nada en absoluto.

— Es posible —admitió Kelvor—. Pero de lo que no cabe duda es de que tiene la mente completamente vacía. Y eso no es todo.

Todos los presentes le miraron con ansiedad. Kelvor añadió:

— Ese vacío de su mente no tiene un origen natural. Ha sido provocado artificialmente. Como tú dijiste antes muy bien, Adela, alguien le ha «sorbido el seso».

Hubo un momento de silencio. Luego, Marlevitch declaró:

— Bien, ya conocemos su diagnóstico, doctor. Ahora, díganos, ¿tiene cura la dolencia del profesor Chilmington?

— Claro que la tiene —dijo Kelvor riendo—. Es muy sencillo. Basta con empezar por enseñarle a leer. Al cabo de unos cuantos años, sabrá lo suficiente para recibir de nuevo el doctorado en Química. Pero si no es así, no conozco otro procedimiento para «llenar» de nuevo su mente.

CAPÍTULO IV

— De modo que tú opinas que sus conocimientos científicos han sido extraídos de su mente… como una jeringuilla extrae líquidos orgánicos del cuerpo humano.

— Sí, Adela; es una expresión vulgar, pero certera.

La joven se quedó muy preocupada.

— Eso denota la injerencia de una mente extraña —sugirió.

— Muy probablemente —admitió Kelvor, mientras revolvía con la cucharilla el azúcar de su taza de café.

Los dos habían comido en un restaurante próximo al Centro Mundial Mental. González y Arminius habían sido igualmente reconocidos por Kelvor y los diagnósticos emitidos tenían un idéntico tinte de pesimismo.

— Una influencia extraña —dijo Adela—. ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo?

— Haces unas preguntas dignas de un policía —contestó él, riendo—. Pero yo ya no sé decirte más, Adela.

— ¿Si eso fuera cierto, habrían empleado algún aparato especial?

— ¿Qué clase de aparato?

— Bueno… —Adela dudó un poco—. Hay máquinas de enseñanza hipnopédica acelerada.

— Sí, enseñan durante el sueño y con mayor o menor rapidez, según el sujeto.

— El más lento en aprender puede, en seis meses, recibir el grado de doctor en Matemáticas, Guy. Ahora, imagínate una máquina que actuase en sentido inverso, es decir extrayendo conocimientos del cerebro de una persona, en lugar de

infundírselos.

Kelvor se acarició la mandíbula.

— Pudiera ser, pero ¿quién construyó esa máquina? ¿Dónde está? ¿Cómo se emplea?

Ahora fue Adela la que se echó a reír.

—Tampoco yo soy policía —dijo.

— Espera —exclamó él—. Conozco a un amigo que…

De pronto, alzó la mano. Vino una camarera.

— Por favor, tráigame un teléfono —pidió.

— ¿Con pantalla visora o sin ella, señor? —consultó la camarera.

— Es lo mismo; necesito hablar, no ver.

— Bien, señor.

Momentos después, Kelvor tenía el teléfono solicitado sobre la mesa. Marcó una cifra y esperó.

— Jefatura de Policía —contestó una voz femenina a poco.

— Señorita, póngame con el capitán Grover. Soy el doctor Kelvor.

— Sí, doctor.

Segundos después, Kelvor oía la voz de su amigo.

— Dick, soy Kelvor —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

— No puedo quejarme. Siempre hay trabajo en mi departamento —contestó el policía.

— Yo te voy a dar un poco más, es decir si quieres hacerme un favor, Dick.

— Por supuesto. ¿De qué se trata?

— Hace varias noches, se denunció la desaparición del profesor Chilmington. Apareció después de amanecer, sin sufrir ningún daño físico, pero su mente sí ha resultado muy perjudicada.

— Se ha vuelto loco.

— Más o menos —replicó Kelvor en forma ambigua—. Lo que te pido es que hagas averiguaciones acerca de los pasos que dio Chilmington desde el momento que salió de su casa para pasear, hasta el regreso. Fueron casi doce horas, ¿comprendes?

— Sí, haré lo que pueda. ¿Algo más, Guy?

— Eso es todo.

— Ah, pero ¿adónde te llamo? Porque creo que ahora no vives ya en la ciudad…

— Dale mi número de teléfono —indicó Adela en voz baja, a la vez que escribía algo en un papel.

Kelvor asintió.

— Escucha, Dick: cuando sepas algo, llama al WO-4437. Si yo no contestase, dale tu mensaje a la señorita Adela Batt. ¿Entendido?

— Conforme, Guy.

Kelvor presionó la tecla de cierre.

— Ahora sólo falta aguardar la información de la Policía —dijo.

— Sí, pero ¿dónde la aguardarás? —preguntó ella maliciosamente.

— Hay hoteles en la ciudad, ¿no?

Adela pareció sentirse decepcionada.

— Como quieras, Guy —aceptó la decisión de su amigo.

* * *

La voz atravesó el espacio, sin que fuera oída más que por sus destinatarios.

Dijo:

— El jefe solicita informes de expedicionarios. Espero.

Otra voz contestó:

— Informa J.K.-01. Objetivo conseguido.

— ¿Calidad del objetivo?

— Profesor de Química.

— ¡Bravo! Sigan los informes.

— Habla L.V.-777. Objetivo conseguido.

— ¿Clase?

— Matemáticas.

— Continúen.

— Habla A.L.-16. También objetivo conseguido.

— ¿Que es…?

— Física.

— ¿Alguno más? —preguntó la voz que llegaba del espacio.

— Todavía no —repitieron siete voces al unísono.

— No se descuiden —ordenó el jefe.

— Estamos localizando objetivos.

Bien, ahora, los tres que lo han conseguido, deben informarse de un medio de transporte para el regreso. Los otros, continúen su

misión.

— Seguiremos —contestaron a la vez, diez roces.

— Ah —dijo el jefe—. Olvidaba preguntar una cosa. ¿Dificultades?

En la localización solamente. Una vez conseguida, la ejecución es fácil.

— Perfecto. No olviden una cosa: un astronauta competente siempre será también un buen objetivo.

— Lo tendremos en cuenta.

— Y cuando hayan de tomar una decisión un tanto espinosa, resuelvan todos conjuntamente. Eso es todo.

Las voces callaron.

Habían hablado a través de cientos años luz, pero ningún extraño las había escuchado.

* * *

Kelvor llamó a la puerta y aguardó unos momentos. Adela abrió en seguida.

— Hola —dijo—. Creí que no querías nada con la civilización.

— ¿Lo dices por las flores que te traigo?

— Son preciosas —alabó ella, haciéndose cargo del ramo—. Sí, es una costumbre repugnantemente civilizada, pero me gusta que venga a verme un muchacho atractivo y que me traiga un ramo de rosas.

— Acepto lo de atractivo, pero no lo de muchacho —contestó Kelvor, riendo.

— ¿Tan viejo te consideras? —preguntó ella, mirándole por encima de las flores.

— Treinta y seis, cariño.

— Que, con los regímenes actuales de dietética y medicina gerontológica, son, físicamente, diez menos.

— En eso tienes razón, preciosa. Oye, ¿no me invitas?

— Perdóname, Guy; me había vuelto tonta con las flores. ¿Qué quieres beber?

— Un poco de vino; no me gustan los licores fuertes.

— Entonces, Jerez.

— Jerez —aprobó él.

Mientras Adela ponía las flores en agua, Kelvor, con el vaso en la mano, preguntó:

— ¿Noticias de mi amigo Grover?

— Ninguna. Silencioso hasta ahora —contestó ella.

— Es una investigación difícil —se lamentó Kelvor.

— Grover la sacará adelante —confió Adela.

El timbre del visófono sonó de pronto. La joven se acercó al aparato y dio la tecla de contacto.

— Soy Adela Batt —dijo.

La cara del oficial de Policía apareció inmediatamente en la pantalla.

— ¿Cómo se encuentra, señorita? Voy a darle un recado para mi amigo el doctor…

— Lo tiene aquí, capitán. Aguarde un instante, por favor.

Kelvor se acercó a la pantalla.

— Ya puedes hablar, Dick —invitó.

— Se trata de Chilmington. Hemos logrado averiguar que pasó la noche en un piso de la calle Barmerly, y no solo, precisamente.

— ¿Es muy guapa? —adivinó Kelvor.

— Dicen que sí —sonrió el policía.

— ¿Sabes cómo se llama?

— Jana Kroog. Pisó octavo, departamento I.

— Perfecto. Iré a verla. Gracias, Dick.

— Ya lo sabes, siempre a tu disposición.

Kelvor cortó la comunicación y se volvió hacia Adela.

— ¿Qué te parece? —consultó.

— ¿Crees que obtendrás algo de visitar a esa tal Jana Kroog?

Kelvor se rascó la mejilla con el pulgar.

— Al menos, merecería la pena interrogarla —dijo.

— ¿Quieres que te acompañe, Guy?

— No, no quiero que te molestes. Gracias, de todos modos. Tú tienes tu trabajo…

— ¿No eras tú el que decía que cuando, acabases de reconocer a Chilmington, volverás a tu eremitorio? —preguntó ella en tono socarrón.

— Bueno, el caso tiene una cierta fascinación que no es posible eludir. —Kelvor levantó el índice—. Pero te aseguro que me iré apenas averigüe la causa de la vaciedad mental de Chilmington.

— ¡Ja! —dijo ella con burla.

— Ya lo verás, Adela. Y digo esto porque tú serás la primera en saber que me vuelvo a las montañas.

— ¿De veras?

— Claro. Tienes que enterarte para que hagas con tiempo tu equipaje.

Adela saltó a su cuello y le besó en los labios.

— Ya era hora, hombre —dijo con vehemencia—. ¿De veras quieres que me vaya contigo allí? —dudó un poco.

— La mujer debe seguir siempre al marido —contestó él sentenciosamente.

Adela se puso a llorar de emoción. Kelvor se desconcertó y, para evitar una escenita, abrió la puerta y se largó a la calle.

Se preguntó por qué no enviaba todo al diablo y se marchaba con Adela a las montañas. La respuesta era sencilla.

El caso Chilmington tenía un interés muy superior al normal. Y él quería conocer las causas por las cuales un hombre había perdido completamente todos sus conocimientos científicos.

CAPÍTULO V

Llamó a la puerta y esperó unos momentos. A poco, oyó ruido de tacones femeninos al otro lado.

La puerta se abrió. Kelvor se quedó sin aliento.

— ¡Cielos! —dijo.

Jana sonreía de forma hechicera.

— ¿Le pasa algo, caballero? —preguntó.

— Está usted delante ¿y todavía me pregunta si me pasa algo? Señora, ¿de dónde ha salido usted?

Jana se echó a reír.

— No tengo nada de particular, creo yo —dijo. Kelvor la miró un instante. La joven se cubría con unos cuantos metros de tul violeta, muy transparente, en forma de blusa y pantalones bombachos. Era todo lo que llevaba encima.

— No tiene nada de particular —repitió Kelvor—. Perdón, pero no me he presentado todavía. Soy…

— Sí, ya lo sé, Guy Kelvor, psiquiatra.

— ¿Cómo lo sabe usted?

— Veo las noticias de televisión. Le han mencionado a usted en el caso del profesor Chilmington.

— Estos periodistas —rezongó él—. Bien, señora, en ese caso, ¿puedo hablar con usted?

— ¿En la puerta?

Jana se echó a un lado y extendió la mano ligeramente.

— Siéntese, por favor —invitó—. ¿Qué quiere tomar?

— Un poco de café, gracias, señora…

— Señorita, pero puede llamarme por mi nombre —indicó Jana, mientras se dirigía a la cocina.

Kelvor quedó solo unos instantes.

— Si no estuviese enamorado de Adela, me volvería loco por ella —musitó.

Jana volvió minutos más tarde con una bandeja en las manos.

— ¿Y bien, doctor? —preguntó mientras llenaba las tazas.

— Se trata del profesor Chilmington, Jana.

— ¿Tengo yo algo que ver con él, doctor?

— Jana, no quisiera ofenderla y debo advertirle, además, que soy médico, lo que significa que estoy acostumbrado a las confidencias de mis pacientes.

— ¿Soy yo su paciente? —rió ella, lánguidamente apoyada en el respaldo del diván.

— No, el paciente es Chilmington. Pero estuvo aquí, en su casa, la víspera del día en que advirtió su dolencia.

— Sí —admitió Jana sin pestañear.

— ¿Cuánto tiempo estuvo?

— Toda la noche, doctor.

— ¿Qué hizo?

Jana inspiró profundamente, a fin de hacer resaltar las turgencias del busto.

— ¿No le parece que es una pregunta capciosa, doctor? —contestó con acento lleno de malicia.

Kelvor volvió a mirarla de los pies a la cabeza.

— Sí, claro: y no crea que, en cierto modo, Chilmington no es digno de envidia.

Jana hizo una leve inclinación de cabeza.

— Gracias, doctor.

— Pero, dígame, ¿cuándo abandonó su casa, se encontraba en estado normal?

— Absolutamente normal —respondió Jana en tono que no dejaba lugar a dudas.

* * *

— Habla JK-01, dirigiéndose a todos. Contesten, pronto.

Nueve voces resonaron silenciosamente en el espacio.

— Te contestamos, JK-01. ¿Qué pasa?

— Problemas, amigos.

— ¿Cuáles son los problemas?
— Están investigando la vaciedad mental de Chilmington.
— ¿Quién?
— Un psiquíatra. Se llama Kelvor.
— ¿Sospecha algo?
— Por ahora no, pero puede acabar por sospechar… y creo que, entonces, acabaría sabiendo la verdad.
— ¿Has sondeado su mente? —preguntaron los otros nueve a coro.
— Me es imposible, después de la experiencia Chilmington.
— Eso es cierto —admitieron los nueve—. Para entrar en su mente, tendrías que expulsar la de Chilmington.
— Y eso no nos conviene, opino yo.
— No, no conviene. Pero hay un remedio.
—¿Sí?
— ¿Qué clase de hombre es tu visitante?
— Me ha parecido sumamente listo. Ya he dicho que es psiquíatra.
— Un psiquíatra no resultaría mala adquisición —dijeron los nueve.
— ¿Estamos en condiciones de hacerlo? —preguntó JK-01.
— Por supuesto.
— ¿Quién se encargará?
— Yo —sonó ahora una voz individual—. BO-85.
— ¿Conformes todos? —consultó JK-01.
— Conformes.
— A ver cómo lo haces, BO-85 —dijo JK-01—. Yo acerté a la primera.
BO-85 se echó a reír en silencio.
— No tendré que envidiarte cuando haya concluido con ese psiquíatra entrometido —aseguró.

* * *

— Es una mujer muy hermosa, pero no me pareció culpable de la vaciedad mental de Chilmington —dijo Kelvor.
Adela llenó una copa y se la entregó.
— ¿De veras es muy guapa? —preguntó.

— Nena, no seas celosa. Digo lo que vi, simplemente.

— ¿Qué te dijo ella?

— Me dio a entender que ella y Chilmington… ¡ejem!, bueno, habían congeniado mucho.

— En una sola noche, ¿eh? Pero él ya no es un jovencito.

— Anda rondando los cincuenta, lo que significa que tampoco es un matusalén.

— Total, que a ella le gusta.

— O, por lo menos, le gustó esa noche. Una cosa es segura: Jana Kroog es capaz de sorberle el seso a cualquiera; en sentido metafórico, por supuesto.

— Sí, me imagino que clase de sentido quieres darle tú a esa frase —contestó Adela en tono burlón—. ¿Por qué no le hiciste una exploración hipnótica?

Kelvor se tironeó del labio inferior.

— ¿Crees que daría resultado? —preguntó.

— Inténtalo —aconsejó ella.

— Sí, probaré…

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Kelvor y Adela se miraron. Luego, ella cruzó la sala y abrió.

Un hombre joven, correctamente vestido, apareció ante sus ojos.

— ¿Señorita Batt?

— Sí, yo misma…

— Estoy buscando al doctor Kelvor y me dijeron que podría encontrarlo en su casa. Soy Bill Wereth, comandante patentado de astronave interestelar.

Adela giró un poco y extendió la mano izquierda.

— Comandante, le presento al doctor Kelvor — dijo.

— Mi grado es de capitán, aunque puedo mandar una astronave —puntualizó Wereth—. ¿Cómo está, doctor?

— Celebro conocerle, capitán. ¿Una copa?

Wereth avanzó hacia el centro de la sala. Adela cerró.

— Le necesito, doctor —dijo el astronauta.

— ¿Qué le ocurre, capitán? —preguntó Kelvor, a la vez que entregaba una copa.

— Mi esposa —respondió Wereth—. Temo que se ha vuelto loca.

* * *

Adela se compadeció del visitante y le hizo tomar asiento. Kelvor pidió a Wereth que explicase todos los síntomas que padecía su mujer.

El astronauta habló largo y tendido durante unos minutos. Kelvor y Adela escucharon en silencio.

— De modo que su esposa… —dijo Kelvor, cuando Wereth hubo terminado de hablar.

— Es poco más que un vegetal animado, doctor — declaró Wereth—. Por supuesto, su comportamiento es normal en las cosas sencillas, pero ha olvidado por completo todos sus conocimientos científicos. ¡Ni siquiera sabe ir a la compra, porque no puede sumar o restar el importe de lo que adquiere en la tienda de alimentación!

— Curioso —observó Kelvor—. En otros aspectos, dice usted, es normal.

— Sí, desde luego. Es amable, cariñosa, atenta, puede hacer la comida, atender a la casa… pero eso es todo. ¡Y se graduó en geología solamente para poder acompañarme en el viaje a Xvinius! —se lamentó Wereth.

— De modo que viajó con usted a Xvinius.

— Sí. No fue la única esposa de astronauta que vino, puesto que para formar parte de la tripulación, era imprescindible tener un título universitario.

— Ya —musitó Kelvor—. Capitán, ¿cuándo notó usted los primeros síntomas?

— Bueno, a decir verdad…

Wereth parecía avergonzado.

— Vamos, hable —invitó Kelvor con acento persuasivo—. La señorita Batt, además de mi ayudante, será pronto mi esposa.

— Verá, doctor, la víspera de la partida de Xvinius, mi esposa salió a recoger unas muestras. Cuando regresó a la nave… Bueno, le había dado por imitar a los nativos… mejor dicho, a las nativas. Allí las mujeres van van… casi en traje de Eva, ¿me comprende?

— Una sociedad muy primitiva —terció Adela, sonriendo—. No usan ropa porque desconocen el pudor.

— Sí, eso es; y las nativas eran siempre muy amables con los tripulantes de mi nave. Bueno, el doctor Perm decía que eran como peras en un árbol. Ni incitaban ni rechazaban, no sé si ustedes me

comprenden.

— Creo que le comprendemos, capitán —dijo Kelvor—. ¿Y su esposa…?

— Pues… se ha vuelto una pera —dijo Wereth, rojo hasta la raíz del cabello.

Kelvor contuvo una sonrisa.

— Dígame una cosa, capitán, y no tenga reparos en admitirlo, si es cierto. Recuerde que todo lo que está hablando conmigo es confidencial.

— Sí, doctor.

— Su esposa salió vestida de la nave y volvió… ¡ejem!, hecha una Eva.

— Además se llama así —contestó Wereth en tono lúgubre.

— ¿Sabe si tuvo relaciones con algún nativo?

— Yo diría que no, pero ¿cómo confirmarlo, doctor?

Kelvor asintió pensativamente.

— Capitán —dijo—, temo no poder hacer mucho por su esposa. De todas formas, trataré de averiguar qué le sucede.

— Sí, doctor.

— Llévela mañana a las diez al Centro Mental Mundial. Le haré un examen personal, aunque, repito, mucho me temo que de ahí no voy a poder pasar.

— ¿Qué es lo que quiere decir, doctor?

— Sencillamente, que es muy probable que pueda diagnosticar la enfermedad de su esposa, pero no encontrar el modo de curarla, capitán.

CAPÍTULO VI

— ¿Crees que pueda tener alguna relación el viaje a Xvinius con la dolencia de la señora Wereth? —preguntó Adela, una vez hubo salido el astronauta.

— ¿Quién sabe? —suspiró Kelvor—. Ocurren tantas cosas extrañas en esos mundos remotos… De repente, en poco menos de un siglo, hemos encontrado el modo de recorrer distancias que antes se nos antojaban muros inexpugnables para llegar a las estrellas. Ahora lo hemos conseguido y, en efecto, hemos hallado numerosos mundos habitados. Pero, pese a todo lo que digan, ignoramos la mayor parte de las cosas que se refieren a esos mundos y a sus habitantes.

— ¿Crees que pueden existir seres, digamos superinteligentes?

— No me cabe la menor duda. Los xviniusinos son una buena prueba de ello.

— Wereth los ha calificado de lotófagos, Guy.

Kelvor sonrió.

— ¿Qué era yo cuando tú viniste a buscarme? Quizá, la suprema manifestación del intelecto consista en no usarlo y, en cierto modo, no me negarás que tanto Chilmington como los otros y hasta la señora Wereth no son felices a su manera.

— Una felicidad vegetal —calificó Adela, haciendo una mueca.

Kelvor se dirigió hacia la salida.

— ¿Adónde vas? —preguntó ella.

— Tengo que hacer algunas cosas —respondió Kelvor—. No lo olvides; mañana, a las diez, en el C.M.M.

— Allí estaré —prometió la joven.

Kelvor salió a la calle y caminó durante un buen rato,

prefiriendo el ejercicio al cómodo dejarse llevar por las cintas deslizantes, que eran el medio más común de transporte. Embebido en sus pensamientos, se le pasaron los minutos casi sin sentirlo.

De pronto, oyó una voz femenina.

— Perdón, señor…

Kelvor volvió la cabeza y se encontró a una hermosa joven, de piel canela y pelo negro azulado, vestida con sencillez, pero también con muy poca ropa.

— Señora —dijo cortésmente.

— Señorita —puntualizó ella—. Soy forastera en la ciudad y no la conozco muy bien. Me he extraviado y…

— ¿Quiere que le indique el camino? —sonrió Kelvor.

— Si usted fuese tan amable.

— Con mucho gusto, señorita. Soy Guy Kelvor —se presentó él.

— Bonnie Ormans —dijo la joven—. La Calle que busco se llama Frandlane.

— Sí, sé dónde está. La acompañaré, si no tiene inconveniente, señorita Ormans.

— Se lo agradeceré infinito, señor.

Kelvor miró un momento a la joven. ¿A quién le recordaban aquellas hermosas facciones?

Además, no sólo la cara, sino el tipo y hasta el color del pelo y de la piel…

Una chispa brilló de súbito en su mente.

— Señorita, ¿conoce usted a una joven llamada Jana Kroog?

Bonnie se detuvo en seco. La sonrisa había desaparecido de su rostro.

Kelvor supo así que su pregunta había dado en el blanco.

— Sí, la conoce —dijo—. Y me agrada esta casualidad, porque así podremos hablar usted y yo largo y tendido.

De súbito, Bonnie echó a correr.

Kelvor soltó una maldición y se lanzó en su persecución.

¡Párese! —gritó.

Pero, lógicamente, Bonnie no le hizo el menor caso y saltó de la acera a la calle.

Cien metros más abajo, Fred Harris, taxista, acababa de desembarcar a un pasajero y, tras cobrar el importe de la carrera, puso el LIBRE y arrancó.

El vehículo aceleró. De súbito, Harris vio a una mujer delante de él, a cuatro pasos del morro de su coche.

Bonnie le miró, mientras el vehículo se acercaba a ella inexorablemente, reduciendo de un modo drástico la velocidad, pero sin poder evitar ya el atropello.

Kelvor se detuvo en el borde de la acera. Un grito de espanto brotó de sus labios.

El morro del coche se acercó a Bonnie. De repente, el cuerpo de la joven empezó a hacerse transparente.

El coche atravesó aquel cuerpo como si estuviese formado de materia gaseosa. Kelvor se quedó viendo visiones.

Bonnie continuó corriendo y, a cada zancada que daba, su cuerpo se hacía cada vez más transparente, hasta que, al fin, desapareció por completo. Kelvor se preguntó si había estado soñando.

Harris consiguió al fin detener su coche y saltó al suelo. Estaba a punto de llorar.

— Usted lo ha visto, señor —dijo—. Esa mujer se convirtió en humo… ¡y yo no he probado una sola gota de licor en todo el día!

Kelvor no contestó. Tenía la vista fija en el punto donde Bonnie había desaparecido. ¿Cómo lo había conseguido?, se preguntó.

— No se preocupe, amigo —dijo al taxista—. Ha sido solamente un truco de prestidigitación. Hipnotismo, ¿comprende?

Harris puso cara de idiota.

— ¿Hipnotismo, ha dicho? —rugió—. ¡Pues podía hacerlo usted en su casa y no ir por ahí dando sustos a las personas decentes!

Y luego, antes de que Kelvor adivinase sus intenciones, disparó el puño derecho, dejando al psiquiatra sentado en la acera, sin saber muy bien lo que le había ocurrido.

Harris volvió a su coche, limpiándose de las manos un polvo imaginario.

— Bromitas de hipnotismo a mí —refunfuñó.

Kelvor se tanteó la mandíbula con una mano.

— ¡Qué bárbaro! —dijo—. Vaya una manera de pegar.

Después recordó que había mencionado la palabra hipnotismo y que, por tanto, tenía que buscar la manera de sugestionar a la hermosa Jana Kroog.

Era muy probable que la solución de aquellos enigmas saliera

después de una sesión de hipnotismo con Jana.

* * *

— He fracasado —dijo BO-85.

— ¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntaron los otros nueve al mismo tiempo.

— No lo sé muy bien. El… objetivo pareció conocerme. Me preguntó si yo conocía a JK-01. Me desconcerté y eché a correr.

— Eso indica falta de estabilidad emocional —dijeron los otros.

— Yo no me esperaba una pregunta semejante. ¿Cómo pudo saber él que yo conocía a JK-01?

— Me parece que tengo la respuesta —manifestó EU-900.

— ¿Sí? —dijeron nueve.

— BO-85, tú tenías tu aspecto habitual, ¿no es cierto?

— En efecto.

— Ahí está la solución —dijo EU-900—. Somos demasiado parecidas unas con otras.

— Eso significa que Kelvor sospecha de mí —dijo JK-01.

— Eres la última persona que estuvo con Chilmington.

— Sí, claro.

— Entonces —dijo EU-900—, Kelvor vio a BO-85 y le extrañó el parecido. Por eso receló.

— Y yo no tuve otro remedio que escapar, recurriendo, incluso, a mi facultad invisibilizadora —manifestó la última citada.

— Bien, pero ¿qué solución me aconsejáis? —preguntó BO-85.

— Tendrás que tomar el aspecto de otra mujer —dijeron los otros nueve.

— ¿Otra mujer?

— Preferiblemente, conocida de Kelvor. Esto le engañaría mucho mejor.

— Pero tendría que tomar la mente de esa joven…

— No, porque, en tal caso, tu cerebro quedaría ya incapacitado para una nueva recepción mental. Toma sólo el aspecto, estudiando antes, por supuesto, algunas de sus costumbres. Puedes hacerlo en estado de invisibilidad —aconsejaron los nueve.

— Sí, es una buena idea y así lo haré —aceptó finalmente BO-85.

* * *

El examen con la máquina de diagnosticar produjo un resultado descorazonador.

— Su esposa efectivamente, tiene la mente vacía de todo conocimiento científico, capitán —dijo Kelvor sin rodeos.

La cara de Wereth se ensombreció.

— Y eso… ¿no se puede curar?

— Oh, sí, por supuesto, aunque no será un proceso corto ni tampoco sencillo. Pero tampoco será complicado.

— Haré lo que sea, doctor —prometió el astronauta—. Yo la quiero con toda mi alma…

Kelvor asintió sonriendo.

— No es un medio difícil, aunque sí costoso en tiempo —dijo—. Tendrá que empezar por enseñarla a leer y escribir, capitán. Luego, las cifras de la numeración, sumas, restas…

Wereth se quedó con la boca abierta.

— Como si fuese una niña de pocos años —exclamó.

— Justamente, capitán. Pero no olvide las máquinas hipnopédicas; aceleran mucho el proceso de enseñanza.

El astronauta pareció resignarse.

—Si sólo se trata de enseñarle todo lo que ha olvidado…

Kelvor le puso una mano en el hombro.

— No olvide que ese vacío mental se refiere única y exclusivamente a conocimientos científicos —dijo—. Claro que los conocimientos científicos empiezan con el alfabeto y los diez guarismos de las matemáticas; por lo demás, la encuentro perfectamente sana y, permítame decirlo, guapísima.

Wereth se esponjó.

— Gracias, doctor —contestó—. Empezaremos desde hoy mismo… pero le juro a usted que ni por todo el oro del mundo volvería a Xvinius. Aquel maldito planeta tiene toda la culpa de lo que le ocurre a mi Eva.

— Xvinius —repitió Kelvor pensativamente—. Usted me dijo que el doctor Perm calificó a sus habitantes de lotófagos.

— Sí, y a ellas, de «peras». ¡Mira que llamar peras a unas chicas tan hermosas! —se indignó Wereth.

— ¿De veras eran muy hermosas? —terció Adela.

— Sí, señorita, y, además, enemigas del vestuario.

Imagínese lo que les sucedió a mis tripulantes solteros cuando desembarcaron y se encontraron con semejante comité de recepción. Todas altas, magníficamente formadas, piel canela, pelo muy negro…

— ¿Eh? —respingó Kelvor.

— ¿He dicho algo inconveniente, doctor? —preguntó Wereth apesadumbrado.

— No, pero acaba de describir estupendamente a una persona que conozco yo —respondió el psiquiatra.

— ¿Quién es, Guy? —inquirió Adela, llena de curiosidad.

— Jana Kroog.

* * *

— Guy, ¿crees que Jana es una xviniusina?

— No lo sé —Kelvor tenía en las manos una copa con un dedo de coñac y parecía muy preocupado—. Pero la descripción de Wereth encaja perfectamente, no sólo con la de Jana, sino con la de Bonnie Ormans.

— Bonnie quiso llevarte a su casa.

— En cierto modo, no fue así. Yo me ofrecí a acompañarla. Pero tengo la seguridad de que, al llegar a su casa, le habría pedido que me invitase a una copa.

— Y luego te habría vaciado la mente, como Jana se la vació a Chilmington.

— Es muy probable, querida.

Adela se sentó en el brazo del sillón que ocupaba Kelvor.

— Guy, ¿te das cuenta de que, si se confirman tus suposiciones, resultará que hay en nuestro planeta unos cuantos xviniusinos de incógnito?

— Es verdad, pero, en ese caso, ¿cómo llegaron aquí, Adela?

— La respuesta es sencilla, en la astronave del capitán Wereth.

— ¡Pero él no encontró polizones a bordo! Aunque… Bonnie se invisibilizó. Yo lo vi y también lo vio el taxista, que se creyó se trataba de una broma mía. Pudieron venir en estado de invisibilidad.

— ¡Caramba! —exclamó la joven—. Y eso, ¿cómo lo consiguen, Guy?

— No lo sé, pero me imagino que deben de poseer una mente con facultades excepcionales.

Adela entrecerró los ojos.

— Si es cierto que poseen esa mente tan poderosa, ¿para qué quieren los conocimientos que poseen otras personas?

— Adela, no me pongas en un compromiso —rezongó él. Acabó la copa y se puso en pie—. Lo hacen, eso es todo.

— Se habrán hartado de ser lotófagos.

— Entonces, están locos —refunfuñó él—. De todas formas, lo voy a averiguar muy pronto.

— ¿Cómo, querido?

— Recuerda, tengo pendiente una sesión de hipnotismo con Jana Kroog.

Adela volvió de repente la cabeza.

— ¿Qué te pasa? —preguntó él.

— Es curioso —murmuró la joven—. Hubiera jurado que alguien nos estaba mirando… pero no, estamos solos en casa. ¿Quieres que te acompañe, Guy?

— No, creo que resultará la cosa mejor si voy yo solo.

— ¡Cuidado, Jana es una mujer muy hermosa!

Kelvor la besó cariñosamente.

— No tanto como la futura señora Kelvor —replicó.

CAPÍTULO VII

La puerta se abrió y Jana contempló a su visitante con la sonrisa en los labios.

— Ah, es usted, doctor —dijo.

— Guy para usted, Jana —sonrió él, a la vez que le entregaba un ramo de flores—. Permítame, por favor.

Jana tomó el ramo.

— Muy amable, pero no sé si debo…

— ¿Por qué no? Es la costumbre, Jana.

— Gracias, Guy, es usted muy amable. ¿Quiere pasar?

— Con mucho gusto.

Jana puso las flores en un jarrón. Luego preguntó a su visitante qué deseaba beber.

— Lo mismo que usted, Jana.

Ella llenó dos copas y le entregó una.

— ¿Le gusta nuestra ciudad? —preguntó Kelvor poco después.

— Sí, es muy hermosa, aunque temo que no estaré aquí mucho tiempo —contestó Jana.

— ¡Qué lástima! —suspiró él.

— ¿De veras opina que es lastimoso?

— La ciudad se quedará sin luz. —Kelvor pronunció sin pestañear aquella frase.

— Si sigue diciendo galanterías, conseguirá que me ponga colorada, Guy.

— Sólo expreso la verdad de mis sentimientos, Jana —contestó Kelvor—. ¿Me permite?

Sacó del bolsillo un antiguo reloj y consultó la hora.

—Oh, todavía tengo tiempo —dijo, mientras mantenía el reloj

suspendido en alto por la cadena—. Debo hacer una visita, pero me sobran algunos minutos. No le importará que los pase con usted.

— Todo lo contrario, Guy, pero ¿cómo usa un reloj tan anticuado?

— Me gusta. Es bueno y perteneció a mi bisabuelo. ¿Le agrada?

Jana tenía los ojos fijos en el reloj, que oscilaba continuamente a derecha e izquierda, despidiendo vivos destellos al reflejarse la luz de la ventana en sus superficies metálicas.

— Sí, es muy bonito.

— Jana, usted me parece cansada —manifestó Kelvor.

— ¿Por qué lo dice?

— No sé, veo en su cara cierta expresión de fatiga… ¿Ha trabajado mucho en los últimos tiempos?

— Un poco…

— Sí, se la ve fatigada, Jana. Descanse… descanse…

La joven se reclinó en el asiento y entrecerró los ojos.

— Duerma, Jana, duerma… —continuó diciendo Kelvor en tono persuasivo.

El pecho de Jana subía y bajaba rítmicamente. Kelvor contenía la respiración.

Estaba a punto de triunfar. Unos minutos más y Jana le diría todo lo que quería saber.

De súbito, una tremenda sacudida agitó el cuerpo de la joven, a la vez que emitía un potente grito:

— ¡No!

Kelvor se sobresaltó terriblemente.

—¡Jana!

Ella se puso en pie y Kelvor la imitó.

Se asustó. Los ojos de Jana brillaban con furia demencial.

— Lo ha adivinado —dijo.

Y quiso lanzarse sobre ella, pero, en el mismo instante, una fuerza irresistible lo despidió hacia atrás.

Casi se sintió levantado en vilo. Retrocedió, sus piernas chocaron contra un diván y cayó de espaldas. Su cabeza golpeó contra el suelo y perdió el conocimiento.

Cuando lo recobró, Jana había desaparecido.

* * *

Kelvor esperó unos momentos hasta que se abrió la puerta. Adela le miró sonriente.

— ¿Ya de vuelta? —preguntó.

— Sí. Adela, está confirmado. Hay xviniusinos en la Tierra.

— ¿De veras?

— Sí. Casi tenía ya hipnotizada a Jana, cuando, de pronto, ella lo advirtió. No sé con qué me golpeó; quizá fue sólo con su mente, pero caí al suelo y perdí el conocimiento. Cuando lo recobré, había desaparecido.

— ¡Qué lástima! —dijo Adela.

Kelvor se acercó al aparador de los licores y llenó una copa.

— Lo peor de todo es que ahora no sé cómo voy a encontrarla —añadió en tono lleno de pesimismo.

— No te preocupes, ya darás con ella.

El psiquiatra se llevó la copa a los labios, pero no llegó a beber.

— ¡Ca… caramba, vaya indumentaria! —exclamó.

— ¿Te gusta? —preguntó, Adela, sonriendo.

Kelvor la miró de arriba abajo. El cuerpo de Adela estaba cubierto solamente por un peinador de tul azulado, que dejaba muy poco a la imaginación.

— Me pareció que era una prenda adecuada para recibirte —añadió ella, caminando hacia él con insinuantes ondulaciones.

Los brazos de Adela emergieron del peinador y se enroscaron en torno a su cuello.

— Te quiero tanto —suspiró.

La copa se escapó de los dedos de Kelvor y cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Ninguno de los dos hizo el menor caso del incidente.

Los brazos del psiquiatra rodearon el flexible talle de Adela y sus labios buscaron los que se le ofrecían tan tentadoramente.

Pero el beso no se consumó.

La puerta se abrió de pronto. Alguien entró en el piso.

— Hola, Guy… ¿Qué es eso? —chilló Adela.

Kelvor pegó un tremendo brinco.

— ¡Adela!

La recién llegada miró a la pareja, parcialmente abrazados todavía.

— ¡Granuja! —le increpó Adela furiosa.

Kelvor creyó comprender.

— ¡Te ha suplantado, Adela! ¡Es una xviniusina! —gritó.

La auténtica Adela se quedó parada. Kelvor reaccionó y agarró el brazo de su doble.

— No dejaré que te vayas —dijo.

De súbito, el cuerpo de la xviniusina empezó a hacerse transparente.

— ¡Cuidado, va a escapar! —chilló Adela.

Kelvor lanzó el otro brazo, pero era ya demasiado tarde.

Un segundo después, todo lo que tenía en sus manos era el peinador de tul.

— ¡Se ha invisibilizado! —exclamó Adela—. Hay que cerrarlo todo…

Kelvor movió la cabeza.

— Será inútil —dijo—. Ya se ha ido. Su invisibilidad es total. El taxi la atravesó sin causarle el menor daño.

BO-85 llegó a la calle y lanzó un suspiro de alivio.

— Menos mal que he podido escapar —dijo—. Pero he fracasado.

Caminó rápidamente. Pasó delante de un bar y, en el mismo momento, un hombre salió del interior.

El individuo tenía dos copas de más y se frotó los ojos.

— ¡Cielos, qué visiones tan preciosas da este licor! —exclamó.

BO-85 le miró despectivamente. El borracho se acercó a ella y la agarró por un brazo.

— Vamos, nena, entremos a tomar otro trago —invitó, con voz estropajosa.

BO-85 rechazó al beodo. Acababa de darse cuenta de que había relajado su tensión al encontrarse en la calle y de nuevo se había hecho visible.

Pero la única prenda que se había llevado puesta en el momento de la llegada del doctor Kelvor se había quedado en casa de su prometida. Era comprensible el júbilo del borracho.

BO-85 se invisibilizó de nuevo. El borracho se quedó con la boca abierta de par en par.

— Sí, ese maldito whisky hace ver visiones —dijo, creyendo, que, efectivamente, el encuentro con la hermosa joven desnuda

había sido un sueño.

* * *

— No me lo reproches —dijo Kelvor furioso—. Soy un hombre, ¿no?

— Pero ¿es que me crees capaz de adoptar una actitud semejante? —protestó ella.

— Hombre…

— ¡Mujer! —dijo Adela, todavía con el ceño fruncido.

— A mí ya me extrañaba un poco, pero ¿qué quieres, cariño?, hay momentos en que un hombre pierde el… el…

— El seso.

Kelvor chasqueó los dedos.

— ¡Eso es! —exclamó—. Eso es lo que le pasó a Chilmington.

Adela suavizó su expresión.

— ¿Crees que Jana lo sedujo?

— Ya no me cabe la menor duda —dijo él—. Chilmington pasó la noche en su casa, pero de una forma muy distinta a como, seguramente, nos imaginamos. Y durante aquellas diez o doce horas, Jana aprovechó para vaciarle la mente de todos sus conocimientos científicos.

— Que no eran pocos —murmuró Adela pensativamente.

— Tú verás. Chilmington había conseguido dos premios Nobel.

— Y están González y Arminius, también famosos en sus especialidades, con la mente de un chiquillo de pocos años, en cuanto a sus conocimientos científicos.

— Adela, me parece que ya sé cuál es el objetivo de los xviniusianos —dijo Kelvor.

— Adquirir conocimientos, pero no por procedimientos clásicos, sino propios, que son infinitamente más rápidos.

— En efecto.

— Guy, si lo consiguen, ¿qué nos pasará a los terrestres? —se estremeció la joven.

— Por lo menos, nos producirán un gran retraso científico y, ¿quién sabe si después no resultaremos invadidos y sojuzgados por los xviniusinos?

— Yo no lo tomo con tanto pesimismo, Guy, pero sí puedo

profetizar que esto nos causará grandes trastornos. Chilmington y los otros volverán a ser lo que eran, pero ¿cuánto tardarán?

— Olvidas una cosa, querida —dijo Kelvor.

— ¿Cuál, Guy?

— Chilmington y los demás, en efecto, empezarán a estudiar de nuevo, pero ¿hay quien pueda garantizar que vuelvan a ser las celebridades científicas que fueron?

Hubo un momento de silencio.

— Me siento consternada —dijo Adela al cabo—. Creo que tienes razón. Chilmington puede doctorarse de nuevo en química, mas hay infinidad de doctores en química que carecen de la chispa de inspiración que le llevó a conseguir por dos veces el premio Nobel.

— Ahí es donde yo quería ir a parar. Chilmington será de nuevo un químico, pero, en mi opinión, será un químico vulgar y corriente, como hay cientos de miles en el planeta.

— Y a ti querían hacerte lo mismo. ¿Por qué?

— Soy psiquiatra, Adela.

Ella entornó los ojos. Fue a hablar, pero, de pronto, sonó el telezumbador del visófono.

Adela dio el contacto. Instantes después, vio en la pantalla el rostro del doctor Marlevitch.

— Señorita Batt, ¿está con usted el doctor Kelvor?

— Sí, ahora mismo se pone. ¿Guy?

Kelvor se situó ante el aparato.

— Hola, doctor —saludó—. ¿Ocurre algo?

— Demasiado —manifestó Marlevitch en tono sombrío—. Tenemos noticias de que hay otros tres científicos de valía mundial en las mismas condiciones que Chilmington, González y Arminius.

Kelvor se quedó pasmado.

— ¡Cielos! —fue todo lo que pudo decir.

— Sus nombres son Fenne, Wirthoff y Duparein — agregó Marlevitch—. Excuso añadir más, debido a la fama de que gozan.

— Ya es suficiente con lo que ha dicho, doctor — contestó Kelvor, tremendamente desanimado.

CAPÍTULO VIII

— Veamos —dijo Kelvor poco más tarde—. Tratemos de establecer una lista de características de los xviniusinos que nos han invadido.

— Buena idea —aprobó Adela—. ¿Por dónde empezamos?

— Primero, ¿tienen sexo? Puesto que parecen gozar del poder de volverse invisibles a voluntad, ¿no cabe la posibilidad de que sean individuos asexuados?

— Quizá, pero los hombres de Wereth aseguran que las mujeres lo eran en toda la extensión de la palabra.

— ¿Y si solamente «se lo pareció»?

— ¿Quieres decir que los sugestionaron para que creyeran que estaban junto a bellas nativas?

— Sí.

— En tal caso, ¿cómo pudieron lograr una sugestión tan perfecta? Porque no debes de olvidar, y más tú que eres psiquíatra, que a una persona se le sugestiona a base de ideas que ya conoce. No se le puede decir a una persona que vea seres extraños de otros mundos, si no sabe cómo son. ¿Entiendes?

— Entonces, los xviniusinos existen como tales seres humanos, de ambos sexos.

— Yo diría que sí, Guy.

— Bien, son seres humanos y bisexuales: varones y hembras.

— Ellas muy atractivas —apuntó Adela maliciosamente.

— Y son polimórficos.

— Pueden adoptar distintas formas a voluntad.

— Exacto.

— Además, poseen una gran fuerza mental.

— Y son capaces de invisibilizarse.

— Todavía falta otra cosa, Adela.

— ¿Cuál, Guy?

— Su fuerza mental puede convertirse en potencia física. Recuerda que Jana Kroog me derribó cuando se dio cuenta de que yo iba a hipnotizarla. Y no me tocó, que yo sepa.

Adela asintió.

— Eso los convierte en doblemente peligrosos, Guy —murmuró —. Si pudiéramos atrapar a uno de ellos…

— ¿Cómo? ¿Se te ocurre algún modo?

— ¿Y a ti?

— La ciudad es grande, Adela. Pudiera ocurrir que Jana, por ejemplo, creyera pasado el peligro y volviese a su casa.

— ¿Montarías la trampa en el piso? Porque, si no es por medio de una trampa, no veo cómo vamos a poder ponerle la mano encima.

Kelvor reflexionó unos momentos.

— Creo que he dado con una idea bastante aceptable— dijo al cabo—. Pero necesitaré ayuda.

— El capitán Grover…

— No, quiero que las cosas sean discretas. Wereth me servirá mejor y, además, está también interesado en el asunto de una manera muy directa.

— Por su esposa.

— Sí, justamente. —Kelvor se puso en pie—. Voy a verle ahora mismo. Según calculo, la trampa no estará dispuesta antes de dos días, pero dará resultado.

— Supongamos que consigues atrapar a Jana. ¿Cómo harás para interrogarla?

— Primero quiero tenerla en mi poder. Después… ya encontraré la solución para ese problema.

* * *

— Es inútil —dijo JK-01—. El doctor Kelvor es muy fuerte mentalmente. No conseguirán nada contra él.

— Nosotros somos todavía más fuertes —alegaron los otros nueve.

— Estuvo a punto de derrotarme. ¿Es que eso no os dice nada? Yo opino que lo mejor es dedicamos a su ayudante.

— ¿Presionarlo por medio de Adela Batt?

— Sí.

— Es un cerebro muy secundario.

— Todavía quedarán nueve de primerísima calidad —insistió JK-01—. Y a él podemos convencerle de que nos deje en paz si devolvemos la normalidad a su ayudante.

— Consideraremos la propuesta —dijeron los otros nueve.

— Si la aceptan —añadió JK-01—, no olviden que el que vaya a buscarla ha de ser un hombre joven y muy apuesto. No envíen a un viejo.

— Lo tendremos en cuenta. Adiós.

— Adiós.

* * *

Jana llegó a la puerta de su casa y miró a derecha e izquierda, sin encontrar nada sospechoso. Delante había parada una furgoneta de reparto, cuyo conductor leía con apasionamiento una novela, de vaqueros.

«Seguramente espera a su compañero», calculó Jana, sin reconocer el rostro del capitán Wereth bajo el espeso mostacho que cubría su labio superior.

— Ahí está —dijo Kelvor, situado tras la ventana de uno de los pisos de la casa frontera—. Prepárate, Adela.

— Sí, Guy.

La muchacha tomó el micrófono. Kelvor lo tenía colgado del cuello, a fin de poder continuar observando con los prismáticos.

Jana desapareció en la casa. Desde su punto de observación, Kelvor podía ver claramente la sala del apartamiento de Jana, a través de los vidrios de las ventanas.

Wereth llamó a poco.

— Acaba de entrar en la casa —dijo.

— Lo hemos visto. Prepárese, capitán.

— Bien, doctor.

Wereth tomó asiento ante el cuadro de mandos de la furgoneta y la hizo elevarse un palmo en el aire. Luego dio marcha atrás y la

parte posterior del vehículo quedó encajada en la puerta de la casa.

Mientras, Jana había llegado a su piso. Sacó la llave y abrió la puerta. En tanto no resultase absolutamente necesario, debía comportarse como una terrestre cualquiera.

Apenas había abierto, oyó una voz de mujer:

— ¿Crees que vendrá, Guy?

— Oh, seguro. Hasta el momento de regresar a Xvinius, debe hacer vida normal.

— Temo que nos vea, Guy.

— No pases cuidado, nena. ¿Es que te crees que en la Tierra no sabemos preparar sueros de invisibilidad?

— ¿Y si ella se hiciera invisible?

— Aquí tengo una pistola con dos cargas: una, de polvos de talco, coloreados de azul. La otra es una carga narcótica. Los polvos de talco delimitarán su silueta y entonces dispararé el dardo hipnótico.

— ¿Resultará, Guy?

— Por supuesto. Una persona puede hacerse invisible, pero no por ello deja de ocupar un lugar en él espacio. Y los polvos de talco la harán visible, créeme, Adela.

Jana ya no quiso escuchar más. Sintiéndose llena de terror, dio media vuelta y corrió de nuevo hacia la salida.

Adela soltó una alegre carcajada.

— Se lo ha creído —exclamó.

Kelvor sonrió mientras llamaba a Wereth.

— Capitán, ahí va la presa —advirtió—. Parece perseguida por una legión de demonios.

— Estoy listo para actuar, doctor —respondió Wereth.

Jana alcanzó la planta baja y se dirigió como una flecha hacia la calle. Atravesó la puerta y corrió dos o tres pasos más.

Súbitamente, oyó detrás de sí un fuerte golpe.

Se volvió. Detrás de ella habían cerrado una puerta que no era precisamente la del edificio donde vivía.

Jana concentró su mente para hacerse invisible y atravesar las paredes del encierro en que la habían colocado. Acababa de darse cuenta de que había caído en una trampa.

Pero en el mismo instante, varios chorros de gas brotaron de distintas partes del cajón en que se encontraba. Era un gas de

efectos casi instantáneos, y Jana se desplomó al suelo a la mitad de su proceso de invisibilización.

— ¡Por fin! —exclamó Kelvor—. Al fin hemos capturado un magnífico ejemplar de xviniusino.

Wereth hizo una mueca de repugnancia.

— ¿A «eso» llama usted «magnífico ejemplar», doctor? A mí me da náuseas, francamente.

Kelvor meneó la cabeza.

— No sea usted tan aprensivo, capitán —dijo—. Reconozco que no tiene muy buen aspecto, pero es Jana Kroog.

— ¿Cuánto tardará en despertar? —preguntó Adela.

— Ya no falta mucho. El narcótico es muy rápido, pero de efectos relativamente breves.

— Con tal de que la jaula aguante…

— Aguantará —afirmó Kelvor con decisión.

La jaula, como decía Adela, era un gran cubo de sólidas paredes de vidrio, de unos dos metros de lado. Cada cara de aquel cubo estaba formada por dos láminas de unos cinco centímetros de grosor, entre las cuales había una finísima rejilla metálica de hilos de cobre, de media décima de diámetro, que formaban mallas de apenas un milímetro de lado.

El aparato tenía un completo sistema de aireación y también un micrófono y un altavoz. Jana yacía en el suelo, reducida a la condición de estatua semitransparente, en la que apenas se advertían las formas de su escultural silueta.

— ¿No escapará a través del conducto de aireación? —preguntó Wereth, sintiendo ciertos escrúpulos.

— Hay válvulas que se cierran automáticamente cuando se utilizan en sentido inverso —contestó Kelvor.

— ¿Y la malla de hilos de cobre?

— Anulador de los poderes mentales que, a fin de cuentas, no son sino descargas eléctricas de potencia elevadísima. Ello impedirá que pueda atacarnos con su mente.

— Ojalá sea así —suspiró el astronauta.

— Si no diera resultado, habríamos perdido el tiempo. Pero, de todas formas, creo que conseguiremos algo. Cada vez que intente rebelarse…

— ¡Eh, miren! —exclamó Adela de pronto—. Parece que

empieza a despertarse.

El cuerpo de Jana se hacía opaco con gradual rapidez. Un minuto más tarde, era completamente visible en su aspecto normal.

* * *

Jana Kroog abrió los ojos, sintiendo un ligero vértigo que, no obstante, se le pasó en seguida. Miró a su alrededor y se encontró encerrada en un cajón de vidrio no demasiado transparente.

Le costó algunos segundos descubrir que la falta de transparencia era debido a una malla de finísimos hilos de cobre. Entonces se puso en pie de un salto.

— ¡Suéltenme! —pidió enérgicamente.

— ¿Me oye usted bien, Jana? —preguntó Kelvor a través del micrófono.

— Sí, perfectamente, pero… ¿por qué me han encerrado aquí?

— ¿Usted lo pregunta? —el psiquíatra sonrió—. Queremos que nos devuelva la mente científica del doctor Chilmington.

Jana hizo una mueca de burla.

— Ustedes no conocen todavía bien mis poderes —contestó—. ¿Es que no se dan cuenta de que puedo deshacer esta jaula con toda facilidad?

— Pruebe —invitó Kelvor simplemente.

Los ojos de Jana fulguraron de pronto de un modo extraño, a la vez que sus facciones se atirantaban.

— Está concentrándose mentalmente —adivinó Adela.

Jana se arrodilló de súbito.

— No puedo, no puedo… —jadeó.

— Eso ya lo sabía yo —dijo Kelvor, satisfecho de que su idea hubiera dado un buen resultado—. Está encerrada ahí y no saldrá hasta que haya cedido a nuestros propósitos.

— Ustedes me han engañado —acusó Jana.

— Lo admito —contestó el psiquíatra sin pestañear.

— Yo creí salir a la calle…

— Y se metió en una furgoneta, en cuyo fondo había una proyección cinematográfica del trozo de calle frontero a su casa.

— Muy ingenioso —comentó Jana en tono sarcástico—. Lo que no sabía es que los terrestres pudieran volverse también invisibles.

— No hay tal, Jana. Hablábamos desde la casa de enfrente, a través de unos micrófonos ocultos. ¡Qué más quisiéramos nosotros que ser invisibles también! —suspiró Kelvor.

Jana le contempló con admiración.

— Han sabido hacerlo muy bien —dijo—. Pero no conseguirán retenerme por mucho tiempo.

— Hay otros xviniusinos aquí, ¿verdad?

— Sí, y ellos vendrán en mi auxilio…

— Lo dudo mucho, puesto que ignoran dónde se encuentra usted prisionera.

Jana hizo un gesto despreciativo.

— Ustedes desconocen todavía mis fantásticos poderes— declaró.

— Y usted es demasiado soberbia, si cree que va a poder derrotarnos. Voy a hacerle una prueba, Jana.

Kelvor presionó el mando del gas y la atmósfera del cajón se llenó de narcótico instantáneamente.

Jana se desplomó al suelo a los cinco segundos. Todavía, antes de dormirse, oyó la voz del psiquíatra:

— Cada vez que intente rebelarse, la dormiremos con este gas. Una o dos inhalaciones no producen daño en el cerebro, pero, a la larga, lo destruyen y usted se convertirá en un vegetal viviente, sin posibilidad de recuperación. Olvidará todos los conocimientos que «robó», al doctor Chilmington a quien, a fin de cuentas, le bastarán unos años de estudio para ser el mismo que era antes de conocerla a usted.

— ¿Es cierto eso? —preguntó Adela, asombrada.

— No, pero se lo creerá —sonrió Kelvor.

— Y acabará por ceder —dijo Wereth.

— Eso espero —respondió el psiquíatra—. ¿Y si mientras Jana duerme un rato nosotros entretenemos la espera tomando un bocadillo?

La sugerencia fue aceptada en el acto.

* * *

Jana abrió los ojos un instante y luego volvió a cerrarlos.

Se daba cuenta claramente de que corría un serio peligro. Había

que evitarlo, pero ¿cómo?

Tenía nueve compañeros. Su mente sola, aislada, tal vez resultaba impotente para romper el encierro.

La cosa variaría cuando llegasen nueve cerebros más.

Sería muy diferente, en efecto, sonrió para sí, mientras se concentraba en la llamada.

— Habla JK-01 —dijo en silencio—. ¿Me escucháis? Contestadme pronto, es urgente. Estoy prisionera.

— ¡Prisionera! —repitieron nueve voces al unísono.

— Sí, el doctor Kelvor me capturó y no puedo escapar. Es un hombre muy listo. Socorredme pronto; no puedo indicaros el lugar de mi encierro, pero podéis guiaros por mis emisiones cerebrales.

— Iremos en seguida, JK-01 —prometieron sus nueve compañeros.

* * *

— Ya se ha despertado, doctor —anunció el capitán Wereth.

— Muy bien, vamos allá.

Kelvor y Adela siguieron al astronauta donde se hallaba la jaula en que tenían a la prisionera. El cajón había sido instalado en la cabaña que Kelvor poseía en las montañas.

Jana les contempló con indiferencia.

— La droga no me ha causado el menor daño — dijo.

— Oh, eso no se nota en las primeras inhalaciones — contestó Kelvor —Al cabo de cuatro o cinco dosis, empezarás a percibir los efectos. Y a las diez dosis, no serás más que un bello cuerpo desprovisto de alma.

— ¿Es ésa tu figura normal? —preguntó Adela, llena de curiosidad.

— Sí.

— Pero puedes alterarla a voluntad.

— No es corriente, aunque solemos hacerlo —admitió Jana.

— Tenéis una mente muy desarrollada —observó Kelvor—. ¿Cómo no os ha inspirado deseos de paz?

Jana se encogió de hombros.

— Necesitamos vuestros conocimientos, eso es todo — respondió desdeñosamente.

— Hay una cosa que no entiendo —dijo Wereth—. Ustedes vinieron a la Tierra en mi nave.

— Sí —contestó la prisionera.

— Pero no vimos a nadie durante el viaje…

— Éramos invisibles.

— ¿Y en todo el tiempo no probaron alimento?

— Cuando es necesario, podemos resistir mucho tiempo sin comer.

— Disociación de necesidades físicas y mentales —diagnosticó Kelvor—. Pero, a juzgar por lo que he oído, necesitaréis de otra nave para regresar a Xvinius.

— La obtendremos —aseguró Jana.

— Es decir que, pese a vuestras portentosas facultades, no podéis desplazaros a través del espacio.

— Todo tiene un límite, ¿no?

— Sí, claro —sonrió Kelvor.

Se volvió hacia Adela.

— No quisiera perjudicarla seriamente —dijo—. Voy a ensayar con ella el nuevo gas del doctor Karapakomoulos. Creo que se consiguen unos resultados fantásticos; incluso el más reacio charla por los codos después de una ligera inhalación.

Adela se mostró extrañada en un principio, pero no tardó en darse cuenta de que todo era un ardid psicológico de Kelvor, destinado a engañar a la prisionera.

— Sí, he oído hablar de ese gas —contestó—. Si tienes una dosis, aplícasela y estudiaremos sus efectos.

— Voy a buscarla —manifestó Kelvor.

Y salió de la estancia.

Jana apretó los labios con expresión llena de furia. ¿Existía realmente la droga mencionada?

De repente, se oyó un tremendo estruendo en el exterior.

La puerta de la cabaña saltó de pronto en astillas. El edificio tembló como si fuese a volar en mil pedazos.

Nueve voces gritaron al mismo tiempo:

— ¡Aquí estamos, JK-01!

CAPÍTULO IX

Una especie de onda explosiva de indescriptible violencia derribó por tierra a Adela y al capitán Wereth. Aturdidos, incapaces de moverse, los terrestres contemplaron un espectáculo increíble.

Había siete hombres y dos mujeres, todos ellos de gallarda apostura y muy semejantes en lo físico. Jana chilló algo que Adela no pudo entender.

Los recién llegados no eran opacos del todo, ni tampoco transparentes, aunque se podían ver sus facciones sin dificultad. Adela, aterrada, creyó llegada su última hora.

Un alucinante torbellino se formó casi a renglón seguido en torno a la jaula de vidrio. Los xviniusinos giraban en torno a la misma con creciente velocidad, hasta que se convirtieron en una masa borrosa, sin contornos definidos.

Súbitamente se oyó un estallido atronador.

La jaula de vidrio se abrió en treinta o cuarenta trozos. Jana lanzó un agudo grito de júbilo.

Entonces ocurrió lo más asombroso de todo.

Jana se unió al torbellino, confundiéndose con los demás en menos de un segundo. Luego, la masa giratoria fue concentrándose en sí misma, sin que disminuyera su velocidad, hasta que, parándose de pronto, apareció la figura de una sola persona.

Wereth tenía la boca abierta y era incapaz de emitir el menor sonido. De súbito, aquel ser que resumía a diez en un sólo cuerpo, se lanzó hacia la puerta con increíble velocidad.

Un agudísimo silbido se percibió casi en el mismo instante. Luego, el sonido se alejó hasta perderse en la lejanía en contados segundos.

Pasaron algunos minutos. Medio atontada todavía, Adela se puso en pie.

— ¿Se encuentra bien, capitán?

Wereth se pasó una mano por los ojos.

— No sé siquiera cómo estoy…

De súbito, Adela lanzó un chillido.

— ¡Guy!

Wereth reaccionó también. Salieron de la estancia y vieron a Kelvor tendido en el suelo, sangrando por un lado de la cabeza.

— ¡Está muerto! —dijo Adela, asustadísima.

Wereth, más práctico, se arrodilló al lado del caído.

— No, sólo un poco conmocionado —manifestó al cabo—. Y la pérdida de sangre carece de importancia; es sólo un ligero rasguño en el cuero cabelludo.

Luego dirigió la vista hacia la pared de la cabaña.

No sólo la puerta, sino también una buena parte de los troncos que la rodeaban habían saltado en astillas, ofreciendo el mismo aspecto que si el edificio hubiera recibido un impacto de artillería pesada.

— Estaba aquí cuando ellos llegaron —adivinó—. Y si sólo ha perdido el conocimiento, puede decirse que es un hombre, afortunado.

* * *

— No lo recuerdo bien —dijo Kelvor, aceptando la taza de café con coñac que le tendía Adela—. Oí un rumor, como el de un torrente desbordado, y luego un tremendo estampido. Ya no recuerdo más.

— Media pared de la fachada ha saltado en trozos —dijo Adela —. Seguramente, un fragmento te alcanzó en la sien y eso es lo que te derribó sin sentido.

Kelvor hizo un gesto de asentimiento. Tenía un parche en el lado izquierdo del cráneo, en cuyo interior sentía todavía un sordo dolor.

— Así que vinieron los nueve restantes —dijo.

Adela señaló los restos de la jaula.

— Ella sola no pudo, pero entre todos la hicieron saltar en pedazos —contestó.

— Y luego se confundieron en una sola persona y se marcharon velozmente —terció Wereth.

— En el sentido más literal de la palabra —sonrió la joven.

—Eso es terrible —dijo Kelvor—. Significa que las diez mentes pueden confundirse en una sola. ¿Se dan cuenta de las cosas que pueden hacer?

Adela y Wereth cambiaron una mirada. Ella estaba muy pálida.

— Lo peor de todo sería si tuvieran descendencia — dijo el astronauta.

— Eso no lo creo —contestó Kelvor—. A lo que parece, sus intenciones son las de apoderarse de diez mentes y volver a Xvinius con los conocimientos adquiridos.

— Sin una astronave, no sé cómo lo harán —dudó Wereth.

— Pueden apoderarse de ella —sugirió Adela.

Kelvor hizo un gestó lleno de pesimismo.

— Nos están creando demasiados problemas — dijo—. Y, a juzgar por las manifestaciones de Jana, no son tipos fáciles de persuadir. Quieren una cosa, han venido a buscarla y la tendrán por encima de todo.

— A menos que los destruyamos sin piedad —dijo Wereth.

— Sí, pero ¿cómo?

Los tres callaron.

Ninguno tenía respuesta para la pregunta del psiquíatra.

* * *

— Quedan todavía cuatro por cumplir su objetivo, jefe —informó EU-900.

— Deben darse prisa. Según los informes recibidos, los terrestres empiezan a reaccionar.

— Hacemos todo lo que podemos —dijeron los diez al mismo tiempo.

— Tienen que hacer más, más todavía —exigió el jefe—. Háganlo cuanto antes.

— Primero hemos de vencer un obstáculo.

— ¿Cuál es?

— Se llama Adela Batt.

— ¿Importante?

— Secundario, pero hemos decidido que hemos de apoderamos de su mente.

— Les di libertad de acción. ¿Quién lo hará?

— LV-777 —contestaron los diez a coro.

— Aprobado —dijo el jefe, desde cientos de años luz.

* * *

Adela se encontró de repente con que le faltaban algunas provisiones y decidió salir a encargarlas a la tienda cercana, no porque no pudiera ordenarlo por teléfono, sino porque sentía deseos de estirar las piernas un poco, después de un día entero de casi total inactividad.

Hacía el doble de tiempo que no veía a Kelvor. El psiquíatra le había dicho que estaba haciendo algo importante, aunque no había querido decir de qué se trataba.

Adela suponía que era algo relacionado con los xviniusinos. ¿Qué otra cosa podía atraer la atención de Kelvor?

En la misma tienda había una cafetería y tomó un bocadillo a modo de cena. Después ordenó que le llevasen las provisiones, abonó todo y emprendió el regreso a su casa.

A mitad de camino le salieron al encuentro dos tipos mal encarados, uno de los cuales empuñaba una navaja de aspecto poco grato.

— Nena, suelta la «pasta» —dijo el atracador.

Las manos de Adela se crisparon en primer lugar sobre el bolso, pero se lo pensó mejor y se dijo que lo más conveniente era ceder, para evitar daños físicos.

No valía la pena correr riesgos físicos por unos cuantos billetes.

— Está bien —accedió—, pero, al menos, respeten mi documentación personal.

— Oh, en cuanto a eso no tema, no pretendemos hacernos pasar por usted —rió el de la navaja.

Su compinche alargó la mano hacia el bolso. Entonces sintió unos golpecitos en el hombro.

— Caballero…

El ladrón se volvió. Adela miró al hombre que acababa de hablar.

Era un sujeto joven, alto, apuesto, de pelo claro, ojos azules y fácil sonrisa. El ladrón torció el gesto.

— Mac —se dirigió a su compinche—, aquí tienes a otro que va a contribuir a incrementar nuestras reservas monetarias.

— Es verdad —dijo el de la navaja—. Amigo, suelta la «pasta».

— ¿Son ladrones? —preguntó el joven a Adela.

— Desde luego, no están recaudando fondos para una asociación benéfica —contestó Adela.

— ¡Basta de charlas! ¡Arrambla ya de una vez con el dinero, Joe!

— O.K., Mac.

La mano del rubio tocó de nuevo el hombro de Joe.

— Dejen en paz a la dama —indicó.

Joe se volvió hacia su compinche.

— Mac, pínchalo.

— Ahora mismo.

Mac saltó hacia delante, dispuesto a clavar la navaja en el cuerpo del hombre que había venido a interrumpir el «negocio» en el momento más inoportuno. Pero la hoja de acero encontró sólo el vacío.

Mac trastabilló. Un pie se hundió venenosamente en su ingle y dejó escapar un aullido de agonía.

El rubio golpeó de nuevo, ahora con la mano izquierda, y Mac se derrumbó al suelo sin sentido. Joe tenía la boca abierta de par en par.

— Ahora te toca a ti el turno —dijo el joven.

Y antes de que el atónito Joe pudiera reaccionar, el rubio alargó la mano izquierda y lo asió por el cuello.

Con la derecha lo hizo girar en redondo. Acto seguido, lo levantó en vilo y lo lanzó a seis o siete metros de distancia.

Joe chilló mientras viajaba. Después del ruido del golpe, dejó de gritar.

— Asunto liquidado —dijo el joven, sacudiéndose las manos—. Celebro haber llegado tan a tiempo, señorita…

— Batt, Adela Batt, y no sé cómo darle las gracias…

— Oh, no tiene importancia, señorita; todo lo contrario, ha sido un placer. Pero permítame que me presente. Larry Vrain, a sus órdenes.

Adela le tendió una mano.

— Encantada, señor Vrain.

— Por favor, llámeme Larry —rogó él—. ¿Vive usted cerca de este lugar?

— A un par de manzanas solamente, Larry.

— Entonces, si no tiene inconveniente, la acompañaré.

Adela hizo un gesto de asentimiento.

— Usted es forastero, Larry —dijo.

— Sí, aunque ya llevo algún tiempo en la ciudad. Me gusta, ¿sabe?

— Lo celebro.

Minutos más tarde, llegaban a la puerta de la casa de Adela. Ella le tendió la mano para despedirse.

— ¿Tan pronto? —se lamentó Vrain.

Adela le miró y halló que era un hombre sumamente apuesto. Sin saber por qué, dijo:

— ¿Aceptaría tomar una copa en mi casa, Larry?

— Con mucho gusto, Adela.

CAPÍTULO X

Entraron en el piso. Vrain contempló la decoración con moderada curiosidad.

— ¿Vive usted sola, Adela? —preguntó.

— Accidentalmente, sí —respondió ella de un modo evasivo.

— Ah, no está casada.

— Por ahora, no, aunque pienso estarlo muy pronto.

— Prometida.

— Sí, Larry. Siéntese, por favor.

— Muy amable, Adela.

La joven se acercó al armario que contenía las botellas de licor. De súbito se preguntó por qué había invitado a Larry a subir a su piso.

No era costumbre suya hacer una cosa semejante y si Guy entraba era debido al compromiso matrimonial existente entre ambos. Pero ni siquiera en otras circunstancias había invitado a un hombre a tomar una copa a solas con ella.

Adela no era una mojigata precisamente, pero había cosas que no le agradaban y una de ellas era estar a solas en el piso con un desconocido, porque, a fin de cuentas, Larry lo era.

Ella no lo había invitado totalmente por su propia voluntad. De repente, había sentido el impulso de invitar a Larry a tomar una copa.

Una vaga sospecha invadió su ánimo. ¿Y si Larry fuese…?

— Oh —exclamó de repente—, me parece que aquí no tengo vino. Me dispensa un momento, ¿verdad, Larry?

— Claro que sí, Adela.

La joven se dirigió hacia la cocina. Momentos después, regresaba

con una bandeja en las manos.

— Lo tenía en otro sitio —dijo sonriendo.

Entregó una copa a su huésped y levantó la suya.

— Por un caballero andante que ha salvado a una desvalida dama del asalto de unos rufianes —dijo.

— El caballero andante brinda por la más hermosa dama que jamás haya conocido —respondió Vrain.

Y despachó de un golpe el contenido de su copa.

— Un vino muy bueno —sonrió.

— Gracias. Celebro que le guste, Larry. ¿Otra copita?

— No, no suelo abusar del alcohol. Realmente, no suelo beber, pero no podía desdeñar una invitación tan gentil.

— Es usted muy amable, Larry.

Vrain se puso de pronto en pie.

— Tengo que irme —dijo.

— ¿De veras no quiere otra copa?

El joven miró a Adela fijamente.

— Envidio a su futuro esposo —manifestó.

— No se preocupe; ya encontrará otra chica más guapa que yo.

— ¿De veras, Adela?

Vrain dio un paso y la abrazó. Adela se estremeció ligeramente, pero no puso el menor obstáculo.

— Dudo mucho de que haya otra mujer más hermosa que tú —dijo Vrain ardorosamente.

— Exagerado.

— No, es la verdad. Me gustas muchísimo…

Adela miró a Vrain y vio un brillo extraño en sus ojos, un fulgor que no parecía de este mundo. En seguida notó una extraña niebla a su alrededor.

Los objetos empezaron a perder sus contornos, difuminándose gradualmente.

— Eres muy hermosa, muy hermosa… —susurró Vrain.

Sus ojos se hicieron enormemente grandes. Adela vio dos gigantescos círculos azules que se aproximaron poco a poco, empezando a confundirse en uno solo.

Sentíase como un pajarillo fascinado por la serpiente dispuesta a devorarlo. Instintivamente comprendió que cuando aquellos dos círculos azules formasen uno solo, ella habría dejado de ver y de oír

y de sentir.

De repente, Vrain cayó de golpe al suelo, a los pies de Adela.

El hechizo se rompió al instante. Adela recobró por completo la noción de las cosas.

Los círculos azules habían desaparecido y los objetos que la rodeaban habían recobrado su forma normal. Adela suspiró, mientras contemplaba al hombre caído a sus pies.

— Ha sido una suerte de que me haya dado cuenta de su verdadera identidad —murmuró, sintiendo, como reacción, una tremenda debilidad en todo el cuerpo.

Pero un par de sorbos de licor la entonaron de nuevo.

— ¿Y qué hago yo ahora, si no sé dónde está Guy? —se preguntó, llena de perplejidad.

* * *

Apenas diez minutos más tarde, llamaron a la puerta.

Adela corrió a abrir.

— ¡Al fin! —exclamó.

Y, sin poder contenerse, se colgó del cuello de Kelvor y le propinó un par de besos, que dejaron al psiquíatra lleno de pasmo.

— ¡Pero, Adela…!

Ella sonreía feliz.

— Entra, cariño —dijo.

Kelvor traía un maletín en la mano. Dio dos pasos y entonces se percató del hombre caído en el suelo.

— ¿Quién es ése? —preguntó, receloso.

Adela sonreía triunfal.

— Según él, se llama Larry Vrain —contestó—. Pero es un xviniusino.

Kelvor pegó un respingo.

— ¡Adela!

— Como lo oyes, Guy. Intentó hacerme lo mismo que otros han hecho con Chilmington y compañía.

— Muy interesante —murmuró Kelvor, mientras dejaba el maletín a un lado—. ¿Cómo has conseguido atontarle?

— Le invité a una copa y disolví en la suya un par de tabletas sedantes. Dormirá diez o doce horas, como mínimo.

— ¡Magnífico! —elogió Kelvor, arrodillándose junto al caído—. Pero ¿cómo sujetarlo cuando despierte?

— Querido, exprímete los sesos y busca una buena idea. A mí no se me ocurre ninguna.

Larry se tiró del labio inferior. Luego se puso en pie.

— Precisamente ahora que había ideado un medio para evitarte un contratiempo como el que has estado a punto de sufrir. Porque me imagino que Vrain habrá querido apoderarse de tu mente.

— No le ha faltado mucho, Guy —contestó ella—. ¿Dices que has encontrado un medio para evitarlo?

— Sí, está en el maletín. Póntela.

Adela abrió el maletín y vio en su interior un par de pelucas.

— ¿Qué es esto? —preguntó, asombrada.

— Protección contra asaltos mentales de los xviniusinos—contestó él—. Una peluca es para mí, la otra es tuya y está forrada, interiormente, con un trozo de malla de hilos de cobre, análoga a la que había en la jaula en la que encerramos a Jana Kroog, aunque doblemente reforzada.

— No es mala idea —aprobó ella—. ¡Pero yo soy rubia! —protestó, al ver el color de la peluca.

Kelvor se echó a reír.

— ¿Y no te gustará cambiar de color de pelo, siquiera sea por unos cuantos días? —contestó.

Adela se echó a reír también. Luego, de pronto, se puso seria.

— Guy, ¿qué hacemos con Larry cuando despierte? —preguntó.

Kelvor reflexionó unos momentos. Luego se dirigió hacia el visófono.

— Voy a llamar al capitán Wereth —dijo—. Necesito que me ayude.

* * *

— ¿Noticias de LV-777? —preguntó EU-900.

— Ninguna —contestaron ocho voces al mismo tiempo.

— Es extraño. Trato de comunicarme con él, pero no lo consigo. ¿Lo ha intentado también alguno de vosotros?

— Sí, pero sin resultado. Nuestros dardos mentales chocan con una barrera que no podemos traspasar.

— Seguiremos intentándolo —decidió EU-900—. Si dentro de veinticuatro horas no hemos conseguido entrar en contacto con él, será preciso tomar otras medidas. Eso sólo indica una cosa.

— Está prisionero en alguna parte.

— Exactamente —corroboró EU-900.

* * *

Larry Vrain abrió los ojos y quiso moverse, pero no pudo.

Estaba tendido sobre un diván, pero no se hallaba atado al mueble. Lo que le impedía moverse era algo muy distinto de unas ligaduras corrientes.

Tres personas le contemplaban con aire especulativo. Una de ellas era Adela.

Las otras dos eran hombres. Vrain adivinó su identidad en el acto.

— Suéltenme —pidió.

Kelvor hizo un signo negativo.

— Lo sentimos por usted, Vrain —contestó—, pero temo que no va a dejar ninguna mente vacía, como han hecho sus compañeros.

— Mi cerebro es terriblemente poderoso…

Kelvor se echó a reír.

— Pruebe a hipnotizarnos —le desafió.

Vrain disparó un triple dardo mental, pero, apenas lo había hecho, lanzó un agudo grito de dolor.

El triple dardo había rebotado en una barrera insalvable, golpeándole el cerebro con tremenda potencia. Durante unos momentos se sintió anonadado, empapado de sudor, incapaz de pensar siquiera.

Poco a poco, volvió a la normalidad. Oyó la voz del psiquíatra:

— Larry, está encerrado en una «funda» de malla de hilos de cobre, que tiene su forma exacta. Esa malla origina un campo magnético de signo idéntico a la electricidad que se desprende de su cerebro. Por tanto, todo esfuerzo encaminado a liberarse resultará nulo.

— ¿Electricidad de signo igual? —dijo Wereth extrañado—. ¿Por qué, doctor?

— Es muy sencillo, capitán —respondió Kelvor—. Está basado

en el más elemental principio de la electricidad: polos opuestos, se atraen; polos del mismo signo, se repelen.

— Ah, claro —sonrió el astronauta—. Eso lo explica todo.

— Pero todavía me queda un recurso para escapar— dijo Vrain —. Voy a volverme invisible.

Kelvor no se inmutó.

— Hágalo, si gusta —dijo—. Su cerebro sí podrá actuar en el interior de la malla, pero no emitir radiaciones externas. Usted se volverá invisible, pero no conseguirá hacer lo mismo con la malla que lo envuelve. Y mientras la veamos, sabremos que usted sigue prisionero.

Vrain se descorazonó. Kelvor se volvió hacia la pareja.

— Voy a salir —anunció.

— ¿Tardarás mucho? —preguntó Adela.

— No lo sé, no depende enteramente de mí. Tú y el capitán deberán vigilar continuamente más que al prisionero a…

Kelvor bajó la voz. Vrain no pudo escuchar las recomendaciones del psiquíatra referentes, a la pila eléctrica que generaba la energía que circulaba por la doble malla de alambre de cobre que lo envolvía como una segunda piel y que interfería por completo sus emisiones mentales dirigidas al exterior.

— ¿Y si pide de comer? —preguntó Adela, cuando Kelvor hubo terminado.

El psiquíatra se echó a reír.

— Creo que viajó unas cuantas semanas sin probar bocado en la nave del capitán Wereth. Unas horas o unos cuantos días sin comer no le causarán el menor daño, créeme —aseguró Kelvor, mientras se dirigía hacia la salida.

CAPÍTULO XI

Jana Kroog abrió la puerta del piso y se dirigió directamente al cuarto de baño. Tomó una corta ducha y luego se puso una blusa y unos pantalones cortos.

Al volver a la sala vio a un hombre sentado en un sillón con una copa en la mano.

— Tú —dijo, pasmada.

Kelvor sonrió.

— Yo mismo, hermosa —confirmó.

Jana le miró hostilmente.

— ¿A qué has venido? —preguntó.

— A combatirte.

— ¡Ja! —replicó ella con burla—. Me haces reír, Guy.

— Es la risa del inconsciente, Jana. Hermosa, pero sin seso.

Jana se tocó la frente.

— Aquí dentro está la mente de un hombre que ganó dos premios Nobel —dijo—. Ahora, dime mujer sin seso.

— El hecho de que hayas dejado vacía la mente de Chilmington no significa que sigas teniendo más sentido común que otra mujer hermosa cualquiera —dijo Kelvor, impasible—. Aunque eso sí, es preciso reconocer que como guapa, ganarías a cualquiera.

Jana se sintió halagada.

— ¿Hablas en serio? —preguntó.

— Lo cortés no quita lo valiente, se dice en nuestro planeta —contestó Kelvor muy serio.

— Es una lástima que no seas uno de los nuestros —suspiró Jana.

Kelvor se puso en pie. Dejó la copa a un lado y se acercó a la

joven.

— ¿Y por qué no podría serlo?

— Tú nos combates…

— Porque habéis venido con intenciones hostiles.

— Eso depende de los puntos de vista. Los hombres a quienes hemos vaciado la mente podrán recobrar sus conocimientos dentro de algunos años.

— Sí, pero ¿serán como antes? Esa es la duda, Jana.

Ella se encogió de hombros.

— Os sobran científicos —contestó.

— No de la categoría de Chilmington y de los otros. Pero yo me propongo derrotaros.

Jana entornó los ojos.

— Muy seguro lo dices, Guy —sonrió.

Kelvor rodeó el talle de la joven con sus brazos y la atrajo hacia sí. Jana arqueó el busto hacia atrás.

— ¿Vas a seducirme a la manera terrestre? —preguntó.

— ¿Te costaría mucho ceder?

— No, si fueras otro.

— Se nota que eres de Xvinius. Los hombres del capitán Wereth estaban muy contentos de tus bellas compatriotas.

— Era una agradable novedad en nuestra monótona existencia.

— ¿Monótona?

— Sí, siempre lo mismo, día tras día, año tras año… y así durante siglos, Guy.

Kelvor arqueó las cejas. Sin romper el abrazo, preguntó:

— ¿Cuál es el promedio de la vida en Xvinius?

— Todo lo que queremos, hasta que el hastío alcanza un límite insuperable y nos negamos a seguir viviendo.

— ¡Caramba! —exclamó él, sinceramente admirado—. Si estuvieseis en la Tierra, no tendríais tiempo de aburriros.

— Pero vivimos en Xvinius, como lo llamáis vosotros.

— ¿Cuántos años tienes, Jana?

Ella hizo un gesto ambiguo.

— Ni yo misma lo sé. Pero esta expedición a tu planeta fue un poderoso remedio contra el hastío que ya empezaba a dominarme. Ya no sucederá más.

— Claro, ahora tendrás medios para no aburrirte, ¿verdad?

— Tú lo has dicho, Guy.
— ¿Soy yo uno de esos medios, Jana?
— Podrías serlo, si…
— Si no fuese tu enemigo.
— Sí.
— Y vas a derrotarme.
— No lo dudes, Guy.
— ¿De qué manera, Jana?
— En seguida lo sabrás, Guy.

Kelvor acentuó la presión de sus brazos. Jana le miraba fijamente y, de súbito, lanzó un pequeño grito:

— ¿Qué me pasa? ¡No puedo penetrar en tu mente!

— Lo cual significa el principio de tu derrota —contestó Kelvor, impasible.

Jana se estremeció.

Kelvor decía la verdad.

No podía derrotarle.

— Pero sí puedo escapar —dijo.

— Jana —ordenó Kelvor en tono solemne—, te prohíbo que te vuelvas invisible.

* * *

— Puedes más que yo —dijo Jana, aterrada.

— Sí —confirmó Kelvor.

— Pero ¿cómo…?

— No preguntes, obedece.

Jana apretó los labios.

— Resistiré —dijo.

Kelvor sonrió.

— No puedes —aseguró—. Duérmete, Jana.

— No quiero, no quiero… —gimió la bella xviniusina.

— Duérmete.

Jana quiso escaparse, pero los fuertes brazos del psiquíatra la retuvieron en el mismo sitio.

— Estás en mi poder —dijo Kelvor.

Jana trató de enviar un mensaje mental de socorro.

— Soy JK-01. Estoy en un grave apuro. Ayudadme.

Kelvor adivinó lo que sucedía tras la frente de Jana y sonrió.

— Es inútil —dijo—. He dominado tu mente y ahora es mía.

— ¡No! —chilló Jana, dándose cuenta de que sus llamadas no obtenían la debida respuesta.

— Duérmete, Jana.

El cuerpo de la joven empezó a relajarse.

— Duérmete, duérmete…

Jana cerró los ojos y dejó de moverse. Su respiración se hizo más sosegada y, de pronto, se convirtió en un peso muerto en los brazos de Kelvor.

El psiquíatra la condujo hasta un diván, en donde la tendió. Luego se sentó frente a ella y la miró fijamente, tratando de concentrarse en un sólo pensamiento.

Los minutos pasaron veloces. De pronto, Kelvor se estremeció.

Sacudió la cabeza, volviendo a la normalidad. Sacó un pañuelo; tenía el rostro empapado en sudor.

— ¡Uf, no ha resultado fácil! —murmuró a media voz.

Contempló a Jana, que seguía durmiendo apaciblemente. Tras unos segundos de indecisión, buscó el visófono y marcó un número:

Pronto pudo ver en la pantalla el rostro del astronauta.

— Capitán Wereth, tengo ya la segunda prisionera —anunció.

— Magnífico, doctor. ¿Quién es?

— Jana Kroog. ¿Puede venir a buscarla?

— Desde luego.

— Tráigase una funda de malla de hilos de cobre. Reforzada, claro.

— De acuerdo, doctor.

Kelvor cortó la comunicación. Fue a rascarse la nuca, pero entonces se dio cuenta de que sus dedos tocaban una peluca.

Sonrió satisfecho. Al fin, se dijo, había dado con el método para anular los formidables poderes mentales de los xviniusinos.

Pero todavía no había hecho más que empezar. Todavía quedaban ocho extranjeros, a los cuales no iba a resultar fácil derrotar.

Sin embargo, lo intentaría.

Tenía que hacer desaparecer de la Tierra aquella amenaza. Porque el planeta, aun sufriendo una grave pérdida, podía pasarse sin diez científicos.

Pero ¿qué ocurriría si una bandada de xviniusinos, cinco mil, diez mil, cien mil, se lanzaba al asalto de los cerebros de los terrestres más destacados?

Era preferible no pensar en ello. Le ponía a uno los pelos de punta.

* * *

— Habla JK-01. Necesito vuestra ayuda.

— ¿Todos? —preguntaron ocho voces mentales al mismo tiempo.

— No, con uno solo bastará.

— ¿Qué te sucede?

— He descubierto el lugar donde está LV-777.

— ¿Seguro?

— Seguro. He captado débiles emisiones mentales suyas, que me han permitido localizarle. Pero no puedo libertarlo yo sola.

— Podemos ir todos…

— No, no hará falta. Con uno solo será más que suficiente. Ellos se vuelven cada vez más poderosos y podríamos sufrir bajas irreparables.

— No está mal pensado —dijeron los ocho—. ¿A quién quieres como ayudante?

— Yo preferiría a alguien que no hubiera capturado todavía una mente terrestre.

— Puede ir NQ-331 —sugirieron los ocho.

— No hay inconveniente.

— Bien —dijo el aludido—. Iré lo antes posible. ¿Dónde estás, JK-01?

— En mi casa, por supuesto. ¿Cuánto tardarás?

— Algunos minutos solamente. No estoy muy lejos.

— De acuerdo. Te espero, NQ-331.

* * *

Kelvor aguardaba tras unas cortinas. De repente, oyó un ligero zumbido y algo se materializó en la sala, convirtiéndose a los pocos

momentos en la silueta de un hombre joven y bien parecido.

— Jana, ¿dónde estás? —preguntó el recién llegado.

— ¡Cuidado! —contestó Kelvor mentalmente—. No te muevas.

— ¿Te has invisibilizado?

— Sí. Creo que me espiaban y decidí desaparecer unos momentos. Ve al dormitorio y aguarda allí, Norman.

— Sí, Jana.

El recién llegado cruzó la sala. Apenas había traspasado la puerta, algo le cayó encima, embarazándole los movimientos.

El hombre que se hacía llamar Norman Quey lanzó un rugido de ira. Intentó librarse de la malla de cobre que había caído sobre él, pero, en el mismo momento, algo duro y contundente le golpeó en la nuca.

Quey se desplomó instantáneamente. Kelvor sonrió satisfecho.

— A veces, los procedimientos antiguos también dan buenos resultados —comentó, muy alegre.

Y luego terminó de envolver bien a su prisionero en la malla, a fin de que no le crease problemas al despertar.

CAPÍTULO XII

Kelvor lanzó al suelo lo que parecía un salchichón atado y que no era sino un ser humano. Jana y Vrain le contemplaron con odio.

Los dos se hallaban igualmente atados, dentro de sus respectivas mallas de hilo de cobre. Ello tenía una explicación.

Adela y Wereth habían alternado en la vigilancia de los prisioneros. Pero no sólo les vigilaban físicamente.

Las cabezas de Jana y Vrain tenían puestas, además, sendos cascos que correspondían a otros tantos electroencefalógrafos. Era una precaución que Kelvor había estimado necesaria.

— ¿Alguna emisión con los otros? —preguntó Kelvor, apenas llegado.

— No, ninguna. Los radioelectroencefalogramas indican una actividad normal —informó Adela.

— Pondremos otro casco a Norman —dijo Kelvor sonriendo—. Ya sólo quedan siete.

— Pero os derrotarán —manifestó Jana en tono rencoroso.

— Eso es algo que está todavía por ver. ¿Quieres saber cómo he capturado a Norman Quey, alias NQ-331?

Jana mostró indiferencia. En cambio, Vrain se sintió interesado por las palabras del psiquíatra.

— Sería interesante saberlo, en efecto —dijo.

— Me he apoderado de una pequeña porción de la mente de Jana —confesó Kelvor—. La suficiente para comunicarme sin dificultades con los otros y atraer al más próximo a una trampa que, como veis, ha dado resultados.

— Es asombroso —declaró Vrain.

Kelvor hizo un gesto de asentimiento.

— Sí, asombroso, pero, sobre todo, efectivo. Y si no, que se lo pregunten a Norman.

Quey empezaba ya a recobrar el conocimiento.

— No podrás hacer lo mismo con todos —aseguró Jana.

— Veremos —contestó Kelvor—. Antes me gustaría hacer un trato con vosotros.

— No hay trato…

— ¡Espera! —cortó Vrain—. ¿Qué clase de trato, doctor?

— Devolver a la normalidad a vuestras víctimas. Entonces, permitiremos que abandonéis el planeta y que regreséis a Xvinius. Os daremos todo cuanto necesitéis para adquirir los conocimientos científicos de que ahora carecéis…

— ¡No! —rechazó Jana en tono rotundo—. Preferimos este método. Es más rápido y efectivo.

Kelvor se encogió de hombros.

— En ese caso, os auguro una derrota total —declaró fríamente.

— El trato no es malo… —empezó a decir Vrain, pero Jana le interrumpió con violencia.

— Repito que no habrá ningún trato —exclamó, furiosa.

— ¿Ya lo has consultado con los nueve restantes? —preguntó Adela—. Ellos podrían opinar de modo distinto. Por lo menos, ya hay uno que aceptaría un trato.

— Pero, bueno —exclamó Wereth—, lo que no entiendo es cómo unos seres de mente tan privilegiada son analfabetos científicamente. ¿Cómo explicar este raro fenómeno?

— Tiene explicación —dijo Vrain—. Hace algunos miles de años, nuestra civilización había avanzado tecnológicamente hasta un punto insuperable, al lado de la cual la vuestra apenas si se podría tomar en consideración, en el caso de que ambas civilizaciones coexistieran hoy día simultáneamente.

«Pero ello motivó el abandono de la cultura del espíritu. Los hombres y las mujeres de Xvinius ya no pensaban; se dejaban guiar por las máquinas. Eran, a su vez, máquinas con figura humana y sangre caliente.

»Incluso empezaron a dejar de sentir la necesidad de propagar la especie. La mortalidad había descendido muchísimo, pero más descendió la natalidad y, en consecuencia, el planeta corría el riesgo de despoblarse.

»Ya habíamos dominado incluso la meteorología, estableciendo un clima de escasas variaciones ambientales, cosa que incluso perdura hoy. Pero, repito, estábamos convirtiéndonos en un pueblo de cuerpos sin alma.

»Entonces llegó la reacción. Algunos empezaron a cultivar la mente, abandonando por completo a las máquinas. Otros les siguieron, encontrando muy agradable la vida enteramente natural…

— Y el resultado es que llegamos a un planeta donde, en apariencia, las gentes viven felices y sin preocupaciones —dijo Wereth.

— Sí, en efecto. Hemos llegado a cultivar la mente a tal extremo que podemos comunicamos unos con otros sin necesidad de movernos, cuando menos, dentro del ámbito de un determinado sector de La Galaxia, en el cual está englobado vuestro planeta —siguió Vrain—. Pero, inevitablemente, llegó el momento en que debía cumplirse el ciclo opuesto.

— La vuelta a la tecnología —adivinó Kelvor.

— Sí.

— Y os enviaron para recoger conocimientos.

Vrain asintió.

— Así es.

— Pero, insisto, podíais haberlo conseguido de otro modo…

Vrain guardó silencio. Kelvor frunció el ceño.

— Vamos a la habitación contigua —propuso a Wereth y Adela.

* * *

Los prisioneros quedaron abandonados en apariencia, aunque vigilados a través de la puerta entreabierta. Adela y Wereth se sentían intrigados por la actitud del psiquíatra.

— ¿Qué sucede, Guy? —preguntó la joven.

— Creo que he adivinado los propósitos de los xviniusinos.

— Interesante, doctor —dijo Wereth.

— Vamos, habla —le apremió Adela.

— Las respuestas de Vrain son suficientemente explícitas. Si sólo quisieran adquirir conocimientos científicos, ¿por qué no pedirlo lisa y llanamente? Aquí no lo hubiéramos rechazado una petición

en tal sentido, ¿verdad?

— Yo creo que no —contestó Wereth.

— A mí me parece que les hubiéramos ayudado con mucho gusto —añadió Adela.

— Ahora han venido diez. Luego, en otro viaje, hubieran llegado más, con idénticos propósitos. Con el tiempo, se habrían apoderado de las mentes más notables del planeta.

— Y ellos se harían entonces dueños de la Tierra.

— O no —contestó Kelvor—. Quizá no les interesara apoderarse de nuestro planeta, pero cincuenta o cien mil o doscientos mil científicos, profesores y técnicos de todas clases, se habrían convertido en cuerpos sin alma. Vrain lo ha definido perfectamente: en Xvinius se está iniciando de nuevo el ciclo del maquinismo y la técnica.

— A costa de la Tierra —dijo Adela.

— Sí, cariño.

— Pero… debemos evitarlo —protestó Wereth.

— Por supuesto —contestó Kelvor.

— ¿Te has formado ya un plan, Guy? —inquirió Adela.

— Sí, en efecto.

— ¿Cuál es, doctor? —quiso saber el astronauta.

— Reunir aquí a todos los restantes, capitán.

Adela se asustó.

— ¡Eso es peligrosísimo! Son siete cerebros de una terrible potencia mental.

Kelvor sonrió.

— Los reuniré, insisto —dijo—. Y entonces formularé mi propuesta digamos de paz. Una vez más, les pediré que vuelvan a sus víctimas el estado normal.

— ¿Y si no acceden?

— Peor para ellos —contestó Kelvor fríamente.

Hubo un momento de silencio.

— ¿Crees que podrás conseguirlo, Guy? —dijo Adela al cabo.

— Sí, pero necesitaré la ayuda de Wereth.

— Cuente con ello, capitán —accedió el astronauta sin vacilar—. Sólo por ver a mi esposa de nuevo en su estado normal…

Kelvor le puso una mano en el hombro.

— Temo que la linda señora Wereth deba empezar nuevamente

por la escuela primaria, pero en todo lo demás es una persona normal y corriente.

— Hombre, lo que sucede es que no puede ir a la compra, porque no sabe contar el dinero que debe pagar en la tienda. En el resto, bien, no tengo queja…

Kelvor se echó a reír.

— Eso es lo importante, capitán —dijo—. Los conocimientos científicos se pueden adquirir de nuevo, pero lo que no podemos consentir es que los xviniusinos traten de sumir en las tinieblas de la ignorancia a unos cientos de miles de terrestres.

* * *

— He caído prisionero yo también —dijo Kelvor, tomando la mente de Quey—. Necesito vuestra ayuda global.

— Por lo visto, cada día se hacen más poderosos —contestaron los siete restantes.

— Sí, en efecto. ¿Vendréis?

— Vamos a reunimos los siete. Luego acudiremos a liberaros.

— Gracias. Os esperamos.

* * *

Adela enjugó con un pañuelo el abundante sudor que cubría la frente de Kelvor. Luego le dio un poco de licor.

— Ya está —dijo el joven, cuando se hubo recobrado del tremendo esfuerzo mental a que había estado sometido durante algunos minutos.

— ¿Vendrán? —preguntó ella.

— Sí.

— Tengo miedo, Guy.

Adela se abrazó al joven. Kelvor la estrechó cariñosamente contra su pecho.

— No temas —dijo—. Todo saldrá bien.

— Son muy fuertes…

— Lo sé, pero ellos han cometido un grave error.

— ¿Cuál es, querido?

— Han subestimado nuestra capacidad de reacción y nuestra inteligencia. Pagarán caro su error, a menos que accedan a nuestras peticiones.

— Si fuera como dices…

— Así será —aseguró él.

Kelvor se separó de la joven, después de besarla con ternura. Se acercó a la mesa, en donde había un periódico del día, con unos titulares muy llamativos en primera plana:

¡PRÓXIMA EXPEDICIÓN

TERRESTRE A XVINIUS!

Los resultados obtenidos en el primer viaje a dicho planeta, han forzado al doctor Perm a alistar una nueva astronave que transportará a un grupo de valerosos científicos, ansiosos de entablar un más profundo contacto con los nativos de Xvinius. La nave, denominada «Krittensthus», está prácticamente lista y su despegue es cuestión de días…

Kelvor terminó de leer la noticia y suspiró.

— Espero que mi plan dé resultado, porque si no, estamos perdidos —murmuró, aunque en voz lo suficientemente baja para no ser oído por Adela y aumentar así su pesimismo.

CAPÍTULO XIII

Un torbellino de materia translúcida se hizo visible de repente en la estancia. Luego, en pocos segundos, el torbellino se descompuso en siete figuras que, medio minuto más tarde, habían tomado la forma corporal de cinco hombres y dos mujeres.

— ¡Aquí están! —exclamó RP-65, al ver a los tres prisioneros, sentados en fila sobre un diván y atados de pies y manos.

— Vamos, a liberarlos —exclamó KT-30, lanzándose sobre las ligaduras de Jana Kroog.

Obsesionados por sus propósitos, ninguno de los presentes se dio cuenta de que la estancia sufría ciertas modificaciones, poco apreciables, sin embargo, a simple vista. Tampoco se percataron de que eran observados a través de los objetivos disimulados de algunas cámaras de televisión que captaban los menores rincones de la pieza.

En pocos minutos, Jana, Vrain y Quey quedaron libres.

— ¡Listos! —dijo EU-900—. Podemos irnos.

Y se lanzó contra una de las ventanas.

EU-900, cuyo nombre terrestre era Eugenia Urdall, rebotó.

La joven xviniusina rodó por el suelo, sin comprender muy bien lo que le había ocurrido.

Quey cayó también, y lo mismo sucedió con dos o tres de los presentes.

— ¿Qué pasa aquí? —preguntó Eugenia encolerizada.

— Eso es cosa del doctor Kelvor —adivinó Jana de inmediato.

Se acercó a una de las ventanas y contempló la doble malla de alambre de cobre que cubría el hueco por completo.

— ¡Eso es lo que nos impide salir! —gritó—. ¡Salgamos por una

de las paredes!

KT-30 fue el primero en invisibilizarse y se arrojó contra la pared más próxima. Inmediatamente se oyó un grito de dolor y Kent Thomas rodó por tierra sin sentido, tornándose corpóreo a los pocos momentos.

Jana se puso lívida.

— ¡Estamos atrapados! —exclamó.

— Ciertamente, así es —sonó de pronto la voz del doctor Kelvor —. Están encerrados y ninguno de los presentes podrá escapar.

— La malla de hilos de cobre —murmuró Vrain.

— En efecto, Larry.

Jana se puso en el centro de la estancia, con las manos en las caderas y una clara actitud de reto.

— ¿Dónde está usted, doctor Kelvor? —gritó—. Hágase visible…

Sonó una risita.

— No soy tan afortunado como ustedes —contestó el psiquíatra —. Tengo que limitarme a hablarles desde una habitación inmediata, aunque también he de añadir que dispongo de cámaras y receptores de televisión para observarles a todos ustedes.

— ¿Qué es lo que nos ha hecho? —preguntó Kent Thomas.

— Se lo explicaré: La habitación en que se encuentran está materialmente rodeada por una capa doble de malla de hilo de cobre, a través de la cual circula una corriente de no mucha intensidad, escasamente un par de miliamperios, pero del mismo signo que la electricidad que emiten los cerebros de ustedes.

— Y eso basta para hacer inútiles nuestros esfuerzos para escapar —añadió Jana con rencor en su voz.

— Sí —confirmó Kelvor.

— Pero una vez me encontré en la misma situación y pude comunicarme con mis compañeros.

— La malla de cobre era simple. Esta es doble, lo que refuerza su potencial de resistencia.

Jana se acercó a la ventana y extendió las manos.

— Podemos romperla fácilmente —dijo.

— No te lo aconsejo —manifestó Kelvor.

—¿Por qué?

— Tengo la mano puesta en una palanca de contacto. En el momento en que vea que intentáis romper la malla, enviaré a través

de la misma una corriente de alta tensión. Tu mente puede ser muy poderosa, pero tu cuerpo es por completo humano y resultarías electrocutada irremisiblemente. Lo mismo sucedería a cualquiera de tus compañeros que intentase hacer tal cosa.

Después de las palabras del psiquíatra hubo un momento de silencio.

— Están consternados —adivinó Adela, en la habitación de observación.

Los xviniusinos parecían abrumados, en efecto, y no daban la sensación de sentirse capaces de reaccionar.

— Está bien —dijo Kent Thomas al cabo—. ¿Cuál es su propuesta, doctor Kelvor?

— No hay más que una sola: devolución a su estado normal a las víctimas que originaron en nuestro planeta. Que vuelvan a ser lo que eran; eso es todo.

— ¡Jamás, jamás! —denegó Jana, con apasionamiento.

— En tal caso, no me queda sino el recurso de aplicarles la primera dosis de gas del doctor Karapakomoulos. Jana, ten la bondad de indicar a tus amigos cuáles son los efectos de ese gas.

Varios chorritos de vapor surgieron de repente por distintas partes de la estancia.

— Explícate, Jana —gritaron varios al mismo tiempo.

Sonó una risita burlona.

— Sí, anda, Jana, explícaselo —dijo Kelvor.

Algunos de los xviniusinos habían caído ya al suelo. Jana quiso decir algo, pero los efectos del gas resultaron demasiado rápidos y se desplomó al suelo sin sentido.

* * *

Kelvor tocó otra palanca del pequeño cuadro de mandos que tenía frente a sí y un potente chorro de aire fresco, mezclado con un gas reanimante, penetró en la estancia.

Vrain fue el primero en despertar. Durante los primeros momentos, se sintió torpe y envarado. Luego, poco a poco, recobró la normalidad de cuerpo y mente.

Jana y los demás fueron despertando poco a poco.

Sonaron algunas quejas. Otros profirieron rudas maldiciones,

enteramente terrestres.

— ¿Todavía no se rinden? —preguntó Kelvor.

— ¡No! —contestó Jana.

— ¿Ha consultado con sus amigos? ¿Por qué no somete el asunto a votación?

Hubo un momento de indecisión entre los xviniusinos.

— La respuesta es no —dijo Eugenia Urdall al cabo.

— Muy bien, les daré la segunda dosis del gas.

— ¡Espere un momento! —gritó Vrain—. ¿Cuánto tiempo hemos dormido?

— Ahí, frente a usted, tiene un calendario eléctrico. Vea la fecha, Larry.

Los ojos de Vrain se posaron en el calendario.

Se estremeció.

— Veinticuatro horas —dijo.

— Sí —confirmó Kelvor, impasible.

Y envió un nuevo chorro de gas a la estancia.

Momentos después, los intrusos dormían de nuevo.

Adela, sin embargo, se sentía indecisa.

— ¿Crees que dará resultado, Guy? —preguntó.

Kelvor sonrió.

— No lo dudes, cariño —contestó—. Para luchar con seres que poseen una mente de potencia tan grande, el arma mejor es la inteligencia.

—A eso se le llama psicología —terció Wereth.

— Justamente, capitán.

Kelvor abandonó el observatorio y pasó a la estancia donde dormían los intrusos. Modificó las cifras del calendario eléctrico, corriéndolo en dos fechas, salió y cerró otra vez.

Acto seguido, despertó a los xviniusinos.

Minutos más tarde, decía:

— Jana no les ha explicado aún los efectos del gas del profesor Karapakomoulos. Anda, hermosa, díselo.

Jana apretó los labios.

— A las diez o doce inhalaciones, el paciente se convierte en un ser desprovisto de alma, un vegetal viviente, diciéndolo más claro.

— Así es —corroboró Kelvor, en tono plácido.

Vrain dirigió la vista hacia el calendario.

— ¡Dos días más! —gimió.

— Y el próximo sueño será de tres días —dijo el psiquíatra, a la vez que accionaba de nuevo el mando que proyectaba gas narcótico a la estancia donde yacían los prisioneros.

Jana y sus amigos se durmieron otra vez.

— Es un tratamiento de choque —se estremeció Wereth—. No quisiera tenerle a usted por enemigo, doctor.

— Usted es mi amigo, capitán —sonrió el joven.

— Pero ¿qué pasará si insisten en no ceder?

—¿Ha hecho usted lo que le dije?

— Por supuesto.

— Entonces, no se preocupe de más. Ahora todo depende de lo que hagan ellos. Si insisten en negarse a cumplir mis peticiones…

Los xviniusinos despertaron una vez más, apenas pasada media hora.

Vrain consultó el calendario y se llevó las manos a la cabeza.

— Ya llevamos seis días —se lamentó.

Jana no dijo nada. Se acercó a una mesita y tomó el periódico que había sobre la misma.

Una noticia llamó especialmente su atención. Kelvor, que la observaba a través de uno de los monitores, sonrió satisfecho.

— Está picando —dijo.

Jana llamó a Bonnie Ormans y le enseñó el periódico. Eugenia y Thomas leyeron la noticia por encima de los hombros de las mujeres.

— Resultaría interesante, ¿no os parece? —consultó Jana.

— Sí, si pudiéramos salir de aquí…

— Han picado —murmuró Adela, en el cuarto de observación.

— Creo que podríamos soltarlos ya, ¿no le parece, doctor? —sugirió Wereth.

— Aguarden. Dejemos que duerman ahora «cuatro» días.

El gas narcótico entró de nuevo en funciones.

Kelvor soltó la carcajada.

— Si supieran que el profesor Karapakomoulos es un invención mía y que el gas no es sino un narcótico corriente…

«Cuatro» días más tarde de aquel calendario, en realidad, apenas treinta minutos después, los xviniusinos despertaron de nuevo.

— Tenemos que irnos —dijo Jana—. La próxima vez, puede que

no estemos ya en condiciones de reaccionar.

En aquel momento se abrió una de las puertas de la sala.

Un hombre entró, blandiendo coléricamente un diario, a la vez que profería agudos gritos de rabia.

— Pero ¿quién es el animal que ha…?

El doctor Perm ya no pudo seguir hablando.

— ¡Ahora! —chilló Jana, abalanzándose con toda su potencia mental y física hacia la puerta.

CAPÍTULO XIV

Fue una estampida arrolladora.

Diez personas atropellaron al doctor Perm, pasando desconsiderablemente por encima de su cuerpo en menos de otros tantos segundos. Kelvor, Adela y Wereth se echaron a reír al ver la cómica escena.

— El buen Perm nos ha solucionado el problema de dejar escapar a los xviniusinos sin que sospechasen nada —dijo Kelvor.

Perm se sentó en el suelo, con los lentes medio caídos y las ropas en desorden.

— Pero ¿qué ha pasado aquí? —exclamó, todavía aturdido—. ¿De dónde ha salido esa manada de elefantes?

Una puerta se abrió y tres personas aparecieron ante sus ojos.

Wereth corrió hacia el galeno.

— Hola, doctor —saludó, tendiéndole una mano para ayudarle a ponerse en pie.

Adela llenó una copa y se la entregó.

— ¿Cómo está, doctor Perm?

El recién llegado no había salido todavía de su asombro.

— No entiendo nada de lo que ha ocurrido —manifestó.

— Se lo explicaremos en seguida. Soy el doctor Kelvor. Creo que habrá oído mi nombre, colega.

— Sí —refunfuñó Perm—. Demasiado ha sonado estos días. Capitán, su esposa me ha dicho que lo encontraría aquí.

— Pues aquí estoy, doctor —contestó Wereth con la sonrisa en los labios—. ¿Le ocurre algo?

Perm agitó el periódico que había traído consigo.

— ¿Que si me ocurre algo? —rugió—. ¿A qué especie de imbécil

se le ha ocurrido publicar esta noticia en los periódicos?

— A mí, doctor.

Hubo un momento de silencio. Perm se ajustó de nuevo los lentes y miró al joven.

— ¿A usted, Kelvor?

— Sí.

— Pero… ¡si es mentira! ¡Si no hay ninguna expedición programada para Xvinius!

— ¿De veras?

Perm volvió los ojos hacia Wereth.

— Bill, le juro que no entiendo nada de lo que pasa — manifestó.

— Si tiene un poco de paciencia, se lo explicaremos todo, doctor —contestó el astronauta.

— Pues, a decir verdad, se lo agradecería muchísimo— aseguró Perm.

— Después de otra copita, que no le sentará mal — sonrió Adela.

— Ni a los demás tampoco —añadió Kelvor, sumamente satisfecho del giro que tomaban los acontecimientos.

* * *

— ¿Quién pilotará la nave? —preguntó Jana.

— Yo —contestó AL-16, que en la Tierra había sido Albert Lewis, dueño de la mente de uno de los mejores comandantes de astronave que existían hasta entonces.

— Muy bien, adelante, AL-16. ¿Necesitarás ayuda?

— No. Las computadoras serán suficientes. Pero sí os indicaré vuestros puestos hasta el momento del despegue.

— Magnífico.

Lewis señaló nueve literas a cada uno de sus compañeros. Después de asegurarles con las correas, se sentó en el puesto de mando.

— AL-16, ¿no correremos peligro de que los terrestres nos ataquen? —temió Jana.

— Cuando no lo han hecho ya, no lo harán —respondió Lewis con suficiencia, mientras iniciaba la comprobación de los

instrumentos de mando.

— ¿Cómo lo sabes?

— Sólo tienen aparatos de combate aptos para volar en cotas subatmosféricas, pero no disponen de astronaves de guerra. Y ésta es demasiado poderosa para uno de esos cohetes corrientes.

— En ese caso, no hay más que hablar. Vamos, AL-16.

— Despegaremos dentro de pocos minutos. Las computadoras iniciarán la cuenta atrás en alta voz a partir de los últimos sesenta segundos.

— ¿Serán fuertes los efectos de aceleración? —consultó Vrain.

— Bastantes, pero el anulador gravitatorio entrará en funciones, gradual y automáticamente, a medida que aumente la velocidad, para desconectarse también automáticamente apenas hayamos alcanzado el principio de la órbita.

— Muy bien, gracias por la explicación.

Vrain se volvió hacia Jana.

— ¿Contenta?

— Sí —respondió la joven.

— ¿De veras?

Jana arqueó las cejas.

— He conseguido mi misión. ¿Qué más podía desear? —dijo.

Vrain miró a través de la ventanilla próxima, donde se divisaba un pedazo del cielo terrestre.

— Lástima. La Tierra me empezaba a gustar. ¿A ti no, Jana?

Ella dudó.

— ¿Te hubieras quedado aquí, de no haber sido por la misión? —preguntó Vrain.

— Si no me hubieran confiado una misión, no habría tenido necesidad de venir a este planeta —replicó Jana con aspereza.

Vrain suspiró.

— Hay chicas muy bonitas… y no son lotófagas —dijo.

— ¿Cómo lo sabes? —preguntó Jana, sorprendida.

— He tenido alguna experiencia —sonrió Vrain—. A fin de cuentas, he hecho lo mismo que hicieron los hombres de Wereth al desembarcar en Xvinius. Resultó agradable e interesante.

— Sobre todo, teniendo en cuenta que ha sido una forma de acrecentar tu caudal de conocimientos —dijo ella con agudo sarcasmo.

— No lo dudes —replicó Vrain—. Y hubo una chica que se sintió bastante desconsolada cuando le dije que tenía que marcharme. Naturalmente, no le dije que a Xvinius.

—¿Te habrías quedado en la Tierra por ella, Larry?

Vrain hizo un signo de asentimiento.

— Pero Xvinius necesita de nosotros —se resignó.

El altavoz emitió una advertencia:

— ¡Faltan diez segundos para iniciar la cuenta de los últimos sesenta!

La tensión se apoderó de todos los presentes. Sesenta segundos más tarde, algo bramó en las entrañas de la nave.

Espesas nubes de humo y vapor envolvieron el aparato por completo, ocultando la visión del ambiente a sus ocupantes. Diez cuerpos se sintieron aplastados contra las literas antiaceleración cuando la nave empezó a elevarse en el espacio.

Minutos después, pudieron ver las estrellas a ojo desnudo. El piloto lanzó un grito triunfal:

— ¡Estamos en órbita hacia Xvinius!

* * *

— ¿Dará resultado, Guy? —preguntó Adela.

— Sí —contestó el psiquíatra.

— ¿No lo advertirán? —dudó Wereth.

— Capitán, sobre esto es usted quien tiene más experiencia que nosotros. Si usted mismo duda de mi idea, es que no será buena.

Wereth se pellizcó el labio inferior.

— Durante cinco semanas, dará resultado. Pero ¿y después?

Kelvor lanzó una mirada hacia el extraño artefacto, en forma de cobertizo, que se erguía en uno de los lados del astropuerto.

— Después —contestó—, nos aprovecharemos del «shock» que recibirán para anularlos definitivamente si no acceden a nuestras proposiciones.

— ¿Cómo, doctor?

— Empleando medios drásticos, si es preciso, incluido el gas del profesor Karapakomoulos… bueno, un gas de efectos similares a los que describí con anterioridad. Karapakomoulos no es más que una invención mía, pero el gas, efectivamente, existe.

— Y los reducirá al estado de vegetales vivientes.

— Si no hay más remedio…

Alguien se acercó de pronto a ellos.

— ¿Doctor Kelvor?

El psiquíatra se volvió al oír pronunciar su nombre.

— Usted dirá, señorita —contestó.

— Soy Sally Arminius, doctor.

— La hija del profesor Arminius.

— Justamente. Me dijeron que usted podría indicarme dónde está un joven llamado Larry Vrain.

Kelvor arqueó las cejas.

— ¿Le conoce usted, señorita?

— Sí, doctor. ¿Dónde está?

Kelvor vaciló un momento. Luego dijo:

— Permítame que le haga una pregunta, cuya respuesta estimaremos todos como altamente confidencial, señorita Arminius. ¿Qué interés tiene usted en el señor Vrain?

Sally enrojeció vivamente.

— Doctor, Larry y yo… Bueno, creo que yo le gustaba bastante y… Me dijo que se iba, aunque no sé cuando regresaría.

— Señorita Arminius, puedo afirmarle que Larry Vrain regresará dentro de cinco semanas. Vuélvase a su casa tranquilamente: en el momento en que sepamos de su regreso, le avisaremos con tiempo suficiente para que acuda a recibirle.

Sally hizo un esfuerzo para sonreír.

— Gracias, doctor.

— ¿Cómo está su padre? No le he preguntado por él…

— Mucho mejor; ya lee casi con normalidad y sabe sumar columnas de cuatro y cinco cifras.

— Dentro de unos meses, será el mismo de antes —aseguró Kelvor.

Sally se marchó.

— Quizá hemos cometido un error —dijo el psiquíatra pensativamente.

— ¿Cómo? —se asombró Adela.

— Tengo el presentimiento de que Vrain se quedará en la Tierra. ¿No habría sido mejor emplear el procedimiento Sally Arminius para derrotarles?

— ¿Quieres decir, buscarles parejas terrestres?

— Sí, Adela.

— Querido, eres demasiado optimista —manifestó la joven—. Con Vrain la cosa daría, dará, seguramente, resultado; pero con los otros seguro que no. Hay fanáticos entre ellos, ¿comprendes?

Kelvor hizo un signo de asentimiento.

Sí, había fanáticos entre los xviniusinos y sólo había un procedimiento para luchar contra ellos.

* * *

— Estamos a punto de aterrizar —anunció el piloto.

Los chorros de la nave rugían atronadoramente frenando el descenso. Enormes nubes de humo envolvían al artefacto, impidiendo la visión por completo.

Minutos después, se sintió un ligero choque.

— Hemos llegado —dijo Lewis.

Y se puso en pie.

Sonaron exclamaciones de júbilo de los nueve restantes. El humo que envolvía a la nave impedía ver lo que había al otro lado de las ventanillas.

— Bien, vamos a la escotilla de salida —indicó el piloto.

Los diez xviniusinos se encaminaron hacia el lugar señalado. Lewis estuvo contemplando el dintel de la escotilla, hasta que vio encenderse una lámpara verde que indicaba que la atmósfera era apta para el descenso.

Pulsó un botón y se abrió la escotilla.

Parpadeó. Detrás de él sonó una exclamación de asombro.

— ¿Qué es esto?

Lewis sintió que le temblaban las piernas.

La nave estaba metida casi por completo en un profundo pozo de forma circular, de modo que sólo emergía al exterior la ojiva de la proa. Un puentecillo de metal permitía atravesar el espacio que había entre la escotilla y el borde del pozo.

Al otro lado, a unos treinta pasos de distancia, estaban varias personas: el doctor Kelvor, Adela Batt, el capitán Wereth…

Lewis creyó comprender la verdad.

— E… estamos todavía en la Tierra —dijo, sintiendo unos

terribles deseos de echarse a llorar.

— ¿Qué? —gritó Jana agudamente.

— En efecto —sonó de pronto la voz de Kelvor—. Están en la Tierra. No se han movido del planeta en todo este tiempo, aunque ustedes creían viajar hacia Xvinius.

— Pero ¿cómo ha sido posible? —exclamó Bonnie Ormans, aturdida.

— Esa nave es sólo un simulador de vuelo para entrenamiento de pilotos espaciales —explicó Kelvor—. Basándonos en el viaje de la nave del capitán Wereth, grabamos en sus computadoras todos los datos precisos, a fin de que creyeran que estaban en vuelo hacia su planeta, cuando la realidad es que no se habían movido de la Tierra.

— Pero nosotros si sentimos los efectos de la aceleración… Y vimos el humo de los gases…

— ¿No le digo que se trata de un simulador de órbitas? Todo se reproduce con absoluta fidelidad, en auténticas condiciones reales de vuelo, aunque, por supuesto, sin moverse del planeta.

— Y vimos las estrellas… y también a Xvinius cuando nos acercábamos…

— Cuando las primeras nubes de humo les envolvieron, hicimos correr por unos carriles ya preparados un cobertizo de materiales opacos. Luego proyectamos copias de películas tomadas desde la nave del capitán Wereth en distintos momentos de su viaje, incluyendo, como es lógico, el alejamiento de la Tierra y la aproximación a Xvinius. Pero están aquí y estarán mientras no cedan a nuestras pretensiones, que no repetiré, por conocidas de ustedes.

Los xviniusinos parecían abrumados.

— ¡Todavía podemos derrotarles y apoderamos de una nave auténtica! —gritó.

— ¡Cuidado! —advirtió Kelvor severamente—. En lugar del cobertizo de paredes opacas, hay otro de vidrio especial electrificado. Si intentan escapar, morirán.

— ¡No huyas, Larry! —gritó en aquel momento una voz de mujer—. Morirías si lo hicieras. Quédate aquí y respetarán tu vida.

— ¡Sally! —dijo Vrain, lleno de asombro.

Jana lanzó un agudo alarido.

— ¡Es mentira, mentira! ¡No existe el vidrio electrificado y voy a demostrarlo ahora mismo!

La joven se lanzó hacia delante y corrió una veintena de pasos.

De súbito, chocó con algo invisible. Se oyó un horroroso alarido y estalló un tremendo chispazo.

Jana ardió instantáneamente, como una simple pavesa. Lo que cayó al suelo era sólo un pequeño montón de carne carbonizada.

— No hemos mentido —dijo Kelvor—. En realidad, no es vidrio, sino una aleación especial de metal, que se hace transparente por alineación molecular. Pero resulta más cómodo llamarlo vidrio electrificado… ¡y si alguien intenta escapar, morirá indefectiblemente!

Vrain dio un par de pasos hacia delante.

— ¿Cuáles son sus condiciones, doctor? —consultó.

— Quédense en la Tierra y vuelvan a su estado normal a sus víctimas. Luego les permitiremos que regresen a su planeta, solos o acompañados, a su gusto. Muchos terrestres irán con ustedes, ansiosos de enseñarles… pero nadie tolerará aquí que le roben la mente. Comprendemos sus deseos de saber, pero ustedes deben tratar de comprendemos a nosotros y darse cuenta de que no por poseer una mente menos desarrollada que la suya somos inferiores a ustedes. Ni tampoco queremos considerarnos nosotros seres superiores; simplemente, seres humanos, cualquiera que sea el lugar de nuestro origen. Xvinius se desarrollará si tratan de cooperar con nosotros; en otro caso, les afrontaremos siempre que sea necesario y… no lo dude, siempre los derrotaremos.

Hubo un momento de silencio. Luego, de súbito, Vrain avanzó decidido.

— Sally —llamó.

Entre los demás hubo unos segundos de indecisión. Bonnie Ormans fue la primera en rendirse.

— Aceptamos sus condiciones, doctor Kelvor— declaró.

Kelvor sonrió. Hizo una señal y alguien movió una palanca. El cobertizo de vidrio electrificado empezó a moverse a un lado.

Sally y Vrain se confundieron en un estrecho abrazo. Kelvor emitió un suspiro de alivio.

— Adela, ya hemos terminado —dijo.

— Sí, cariño.

— Hemos conseguido que estos intrusos no se fueran con el producto más preciado que se puede hallar en la Tierra, con un botín invisible, pero que, no por ello, es menos valioso.

— La mente humana, Guy.

— Así es, querida. Y ahora recuerdo que quedamos en irnos a las montañas cuando hubiéramos terminado el asunto.

— Después de casarnos, claro.

— Cosa que vamos a hacer inmediatamente —aseguró Kelvor, a la vez que agarraba la mano de la joven.

Wereth y otros personajes se hacían cargo de los xviniusinos. Unos metros más allá, Adela se volvió y contempló a Vrain y a Sally Arminius estrechamente abrazados.

— No sé por qué —dijo la joven—, pero me parece que el doctor Arminius volverá a la normalidad antes de veinticuatro horas.

— Sí —sonrió Kelvor—, y Vrain, cuando se vaya de aquí, no se irá sin su correspondiente botín, que también vale lo suyo, ¿no crees?

Adela se echó a reír.

— Para Vrain, es el botín más valioso —contestó—. Como tú lo eres para mí, querido.

FIN